

BOLSILIBROS
BRUGUERA

**SORTEO DEL
MILLON**

la conquista
DEL ESPACIO

ENJAMBRES HUMANOS

j. chandley

CIENCIA FICCION



**BOLSIQUEO
BRUGUERA**
**SORTEO DEL
MILLON**
la conquista
DEL ESPACIO

**ENJAMBRES
HUMANOS**
j. chandley

CIENCIA FICCION



**BOLSILIBROS
BRUGUERA**

**SORTEO DEL
MILLON**

Vea en las últimas páginas
las instrucciones y bases para
participar en el sorteo de UN
PISO Y UN COCHE o, si lo pre-
fiere,

UN MILLON DE PESETAS

**YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE**

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos lectores que poseen nervios de acero y no temen traspasar las fronteras de lo irreal y adentrarse en un mundo desconocido, aterrador como una pesadilla, apasionante como la más increíble de las aventuras.

J. CHANDLEY

ENJAMBRES HUMANOS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 168

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal. B. 33.062 - 1973

ISBN 84-02-02525-0

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre 1973

© J. CHANDLEY - 1973

texto

© SALVADOR FABA 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

163 — La última galaxia. *Curtís Garland.*

164 — La bella durmiente del espacio. *Ralph Barby.*

165 — Después del cataclismo. *Peter Kapra.*

166 — Perros del espacio. *Clark Carrados.*

167 — Invasión verde. *Rovy Lester.*

CAPITULO PRIMERO

—¡Cuidado, Randal!... ¡El enjambre se te viene encima!...

Randal, advertido por Bill, jefe del Escuadrón de la Patrulla del Espacio, conocido por las siglas EPE, miró a su derecha.

Unos cuantos seres voladores, con una vestimenta, decabeza a pies, de un brillo metálico y con escafandra, se aproximaban a gran velocidad.

El comandante del EPE ordenó:

—Randal, no te desvíes de tu ruta. Kevin y Eugene, seguidme.

Tripulaban sus astronaves monoplazas, provistas de los últimos adelantos aeroespaciales y, salvo el jefe del escuadrón, todos los demás ostentaban la graduación de tenientes.

Siguieron a su jefe, como se les había ordenado, efectuando un movimiento envolvente.

El enjambre de aquellos seres voladores pareció quedarse sorprendido por la inesperada aparición de aquellas otras tres astronaves, que acudían en auxilio de aquella que imaginaron presa fácil.

Iniciaron la retirada, pero para muchos de ellos tal decisión fue tardía.

Bill Steen ordenó abrir fuego graneado.

Les llamó la atención que, a medida que iban alcanzando con sus proyectiles a aquellos «volátiles», se ponían al rojo vivo, para luego esfumarse como una nube de vapor.

Algunos hicieron uso de sus armas, y más de un proyectil rebotó en el fuselaje de sus astronaves.

Randal también entró en acción, y los cuatro conjuntamente persiguieron a los supervivientes de aquel enjambre de extraños seres humanos que volaban vertiginosamente por el espacio, sin que se les viera alas o algo parecido.

Una gran astronave hizo acto de presencia y, como si se

estableciera una poderosa corriente de succión, fue albergándolos en su interior, de forma insospechada por la rapidez con que desaparecieron los supervivientes.

El comandante Steen y los demás componentes del escuadrón, se aproximaron cuanto pudieron a aquella gran astronave.

Llegó un momento en que parecía que le iban a dar alcance, de tan cerca que se hallaban, pero inmediatamente notaron en sus vehículos unas vibraciones.

Las vibraciones eran de tal envergadura, que los mandos de sus respectivas cosmonaves se resistían a obedecer.

Por un verdadero milagro no chocaron entre sí, puesto que navegaban sin control alguno.

Solamente cuando la gran astronave se alejó, a una distancia considerable, los mandos comenzaron a responder a los dictados de sus respectivos tripulantes.

El comandante del EPE les recomendó:

—Muchachos, hay que mantener esta distancia y, si intenta de nuevo someternos a su campo de influencia vibratoria, efectuaremos fuego concentrado hasta lograr su destrucción.

Obsesionados como estaban en perseguir a aquella peligrosa astronave, no se dieron cuenta de que por detrás de ellos se aproximaban dos astronaves, del mismo tipo de la que perseguían.

De nuevo los síntomas de vibraciones hicieron acto de presencia.

Por poco, la nave del teniente Kevin Getty se estrella contra la del teniente Eugene Evans.

Por otra parte, el teniente Randal Orr iba dando tumbos, y el propio comandante Bill Steen se las veía y deseaba para mantener el rumbo deseado.

Sólo se le presentó una ocasión en que tuvo a una de aquellas extrañas astronaves bajo su visor, pero la supo aprovechar bien.

Accionó el pulsador de descarga total de cuantas armas llevaba a bordo, y una inmensa llamarada, al mismo tiempo que una terrible explosión, se produjeron en la fracción de unos segundos.

Había dado de lleno en una de las astronaves, y las otras dos,

cuando recobró el equilibrio de la suya, habíandese aparecido.

Gracias a la decisión del comandante se evitó la desaparición total del escuadrón, que hubiera ido a engrosar el gran número de los que hasta la fecha se habían producido.

Se reagruparon y, tras dar las novedades a su comandante, éste decidió el regreso al punto de partida.

Bill Steen hallábase en conferencia con los componentes del escuadrón.

—Por lo que hemos oído a quienes han presenciado otros ataques, y por lo que hemos visto, está claro que las naves solitarias son las de su preferencia.

—Completamente de acuerdo. O si no, que me lo diga a mí —ratificó Randal.

A lo que replicó Bill:

—Esto para que te sirva de lección, y otra vez note se pares de nosotros. Si no llega a darme cuenta, a estas horas hubiéramos tenido que añadir una baja más.

—Es que Randal, en eso de estar en las nubes, se lo apropia por hecho y derecho.

—Mira tú el gracioso de Kevin, qué chiste más malo acaba de hacer.

Bill Steen tomó de nuevo la palabra:

—Según informes que me han sido facilitados, estos «enjambres» no operan únicamente en el área de nuestro planeta, sino que han logrado la destrucción de otros más pequeños que el nuestro.

—¿Qué fin persiguen con ello, Bill? —inquirió Eugene.

—Según se ha comprobado, hasta la actualidad, únicamente les guía la destrucción de aquellos que no quieren doblegarse a sus exigencias.

—Luego esto quiere decir que es el afán de dominio lo que en ellos

impera.

—Esta es la conclusión a que he llegado, Randal.

Y luego, señalando un mapa que allí tenía, continuó:

—Tras someter el estudio de probabilidades al cerebroelectrónico, nos ha señalado la ruta más probable que emplean para sus incursiones. Fijaos bien.

Les fue indicando las trayectorias, pudiendo apreciar que partían o pasaban tanto por el Polo Norte o el Sur de nuestro globo.

—Desde luego, es muy significativo esto —manifestó Randal.

Los demás también se dieron cuenta de esta particularidad.

Bill, mirándoles complacido, les expuso:

—Celebro que hayáis reparado en esta particularidad. Vamos a dedicar especial interés en ambas zonas. ¡Ah! Me permito advertiros que rehuyáis la proximidad de estas naves. Ya habéis podido comprobar cómo se las gastan, y si las vibraciones hubieran durado un poco más, nos vamos todos al traste.

—Y hubiera sucedido así, de no abatir tú aquella astronave.

—Fue un golpe de suerte, Kevin. Se colocó ante el visor y no tuve más que presionar el dispositivo de descarga general.

Bill Steen, en su modestia, trataba de restar importancia al hecho, pero los componentes del escuadrón sabían de su pericia y arrojo.

A Bill le pareció ver algo apostado contra la ventana de la estancia en donde estaban celebrando el cambio de impresiones.

Siguió hablando, a medida que se iba aproximando a la ventana.

Una vez allí, como quien no lo hace, se fijó en aquello que había llamado su atención.

Bruscamente, se asomó al exterior, y todavía pudo ver a un «volátil» humano, de aquellos que componían el enjambre, que desaparecía.

Los tenientes Randal, Kevin y Eugene se aproximaron al lugar en que estaba su comandante, preguntando:

—¿Qué pasa?

—Pues me da la impresión de que toda nuestra conversación ha sido escuchada.

—¿Por quién?

—¿Quién ha de ser, Kevin?... Pues los mismos que nos atacaron.

—¿Y tú crees...?

—Naturalmente que sí.

Al tiempo que decía estas palabras fue tanteando con la mano el marco de la ventana, por su parte exterior.

Al poco rato, halló lo que sospechaba habían dejado allí.

En la mano llevaba un objeto, que mostró a sus subordinados, a tiempo que decía:

—Lo imaginaba... Mirad, nos han obsequiado con un emisor para enterarse de todo cuanto hablemos. Se ve que sienten cierta curiosidad, ¿no os parece?

Rieron la pregunta de su comandante y éste, con el diminuto aparato, accionó una palanca para que dejara de funcionar.

Luego dijo a sus muchachos:

—Bueno, podéis disponer del tiempo para lo que gustéis. Pero mañana a primera hora os quiero aquí, listos para despegar. Tenemos que efectuar el turno de vigilancia. ¿De acuerdo?

Los tres asintieron, a medida que iban abandonando la sala de conferencias.

El último en hacerlo fue el propio Bill Steen, que, con el diminuto emisor, se dirigió a su alojamiento.

Nada más abrir la puerta, un sexto sentido le advirtió que allí había alguien más, por lo que tomó sus precauciones.

Aun así, no pudo evitar que dos individuos se le arrojaran encima y la emprendieran a puñetazos con él.

Bill se defendió como pudo. A uno le dejó fuera de combate, de un fulminante directo.

Ambos individuos iban enfundados en una vestimenta unicolor, que incluso les cubría el rostro, cuya parte superior tenía sendos

orificios correspondientes a los ojos y boca de los enmascarados.

Se volvió rápidamente para atacar al otro, pero notó cómo la vista se le nublaba, a consecuencia de un fuerte dolor en la nuca, y todavía tuvo conciencia de que se caía en un pozo sin fondo y luego, nada.

Aquellos intrusos cogieron el cuerpo del comandante, lo envolvieron con una vestimenta similar a la suya y luego, introduciéndose en el elevador particular del comandante, ascendieron hasta la azotea del edificio.

Posteriormente, un vehículo despegó de la azotea, alejándose a gran velocidad.

CAPITULO II

La sorpresa fue enorme para el comandante Bill Steencuando, al despertar, se vio acompañado de una hermosamuchacha, ataviada con una sutil túnica.

Con un timbre de voz muy dulce, y una sonrisa nomenos encantadora, manifestó la joven desconocida:

—Bien venido a nuestro mundo, comandante.

Bill, por unos momentos, la miró incrédulo de queante él tuviera semejante belleza.

Cuando su mente estuvo despejada del todo, preguntó:

—¿Se puede saber dónde estoy? ¿Tú qué eres? ¿Angelo demonio?

La muchacha rió de forma muy simpática, contestándole:

—Demasiadas preguntas para ser tus primeras palabras,¿no te parece?

—A mi entender, ni mucho menos. Todavía me he quedado corto.

—Todo llegará a su tiempo. ¿Te encuentras bien?

—Creo que sí. ¿Puedo saber lo que ha sucedido?

—Se ve que en vuestro planeta, eso de preguntar esun vicio. Aquí tratamos de descubrir las cosas por sísolas, es decir, por deducción de los acontecimientos que se van desarrollando.

—Tus manifestaciones me suenan a oráculo griego oegipcio. ¿Te puedes expresar más claramente?

—Vuelta a la pregunta. ¿Tan reducidas son vuestrasmentes?

—¡Ah!... Pues tú también haces uso de las preguntas,preciosa.

—Seguramente, me he dejado influir por ti. Prometono hacerlas.

—Pues yo no puedo prometerlo. Nosotros tenemos unprincipio y es que, si quieres saber, has de preguntar.

—Recurso retrógrado. La enseñanza o el saber se adquiere de los

resultados de un hecho, de un comportamiento, de un trabajo.

—Siento decirte que no entiendo una palabra de tusteorías...

—Ya aprenderás.

—¡Ah! ¿Es que tengo que aprender?

—Se ve que tienes muy arraigado el vicio de preguntar. Esto, aquí, lo consideramos como síntoma de inteligencia deficiente.

—Lo siento, pero yo tengo que ser muy deficiente para satisfacer mi curiosidad. Por ejemplo: ¿cómo te llamas?

—Mi nombre es Sela.

—¿Ves...? Ya sé algo, sin tener que esperar deducciones y todo eso que has enumerado. Y bien, Sela, ¿dónde me encuentro?

—En nuestro planeta Selnagro, perteneciente a la segunda galaxia, en relación de proximidad a la tuya.

—¿Y qué hago yo aquí, tan lejos, criatura?

—Eso ya lo averiguarás más tarde, comandante.

Y una vez hubo terminado de decir estas palabras, la hermosa joven se levantó y, con andares majestuosos, se dirigió hacia un redondel que había en el muro de aquella estancia abovedada.

Al aproximarse ella, dejó un espacio libre, e iba a introducirse en aquel lugar, cuando Bill Steen exclamó:

—¡Eh, Sela! No puedes dejarme aquí solito. ¿Qué voy a hacer, en un lugar tan lejos de mi hogar?

La muchacha se volvió, sonriente, para manifestarle:

—No te preocupes, pronto tendrás compañía.

Y sin más se fue, cerrándose a continuación el espacio que había quedado en el muro.

* * *

No pasó mucho tiempo sin que se confirmaran las palabras de la bella joven.

Se abrió de nuevo el hueco circular en el muro, haciendo acto de presencia tres camillas móviles, y cada una estaba ocupada por los tenientes Randal Orr, Kevin Getty y Eugene Evans.

Cada camilla la dirigía una linda muchacha.

Al llegar al centro de aquella estancia, se ayudaron mutuamente, y fueron depositando los cuerpos inconscientes de los tenientes en respectivos asientos.

Lo hicieron con toda delicadeza, y Bill estaba tan asombrado de lo que sucedía, que ni siquiera se le ocurrió ayudar.

Una vez terminaron su cometido, se alejaron, silenciosas, al igual como llegaron.

El comandante Bill Steen se dirigió a cada uno de ellos, tomándoles el pulso, comprobando que éste repercutía a un ritmo normal, por lo que dedujo que les había sucedido lo mismo que a él.

Tendría un poco de paciencia, y esperaría a que despertaran para escuchar la versión de cada uno.

Al ver a sus subordinados con aquella vestimenta, similar a la de los individuos que le atacaron, cayó en la cuenta de que él iba equipado con la misma indumentaria, un traje ajustado de una sola pieza, muy flexible de un color amarillo verdoso.

El calzado, también flexible, eran botas de media caña e idéntico color al de la vestimenta.

Bill se encogió de hombros, como diciéndose que ya averiguaría a qué era debido aquello.

Observó a sus muchachos, y comprobó que ya comenzaban a dar síntomas de recuperación.

En efecto, poco a poco, fueron abriendo los párpados hasta que se incorporaron de su asiento, y se miraron entre sí incrédulos.

—¡Hola, muchachos!... ¿Qué? ¿Se ha dormido bien?

Eugene, saliendo de su letargo, miró a Bill y le respondió con otra pregunta:

—Pero, ¿qué ha pasado, comandante?

—¡Ah! Eso ya me lo iréis explicando, aunque imagino ya el qué.

Kevin, como haciéndose una reflexión, dijo:

—Que yo recuerde, no habíamos quedado en reunirnosde nuevo. Y siendo así, ¿cómo estamos aquí los cuatro?

Bill, un tanto socarrón, le contestó:

—A lo mejor, los angelitos no quieren que nos separemos.

Randal exclamó:

—¡Eh! ¿Dónde está mi chica? Tengo que ir por ella,que me está esperando.

El comandante, un tanto divertido por la situación,le animó:

—Pues anda, vete por ella. No la hagas esperar...

Randal incluso se levantó, impetuoso, para luegoquedar parado en medio de la estancia. Mirando a sualrededor, se dijo:

—Esto no lo conozco... ¿Dónde diablos estoy?

—Con nosotros. ¿Acaso no lo ves?

—Déjate de bromas, comandante. Yo estaba esperandoa mi chica, cuando...

—¿Cuando qué? —inquirió Bill.

—Sí..., ahora recuerdo. Se me acercaron dos individuosy, sin previo aviso, uno de ellos me aplicó un golpey ya no recuerdo más.

—Bien, ya conocemos la versión de Randal. ¿Y a ti, Kevin?

—Yo estaba en mi alojamiento. Llamaron. Fui a abriry los visitantes, dos en total, no fueron muy corteses quedigamos. Sentí un golpe, y todos los astros celestes ocuparonmi mente...

—Sólo faltas tú, Eugene.

—Pues lo mío es una fiel reproducción de lo que lesha sucedido a ellos. Iba a torcer una esquina, cuandome vi abordado e inutilizado...

Bill, sonriendo en esta ocasión con amargura, manifestó:

—Buen cuarteto formamos... Nos han cazado como incautos chiquillos. A mí me pillaron en el alojamiento.Ya me esperaban...

Por unos instantes se miraron los cuatro, y EugeneEvans,

dirigiéndose al comandante, le preguntó:

—Por lo que se deduce, tú has llegado el primero a este lugar. ¿Tienes idea de dónde estamos y por qué nos han traído aquí?

—A tu pregunta, sólo puedo contestar vagamente a la primera parte de ella. Sé que estamos en el planeta Selnagro, a dos galaxias distante de la nuestra.

—¿Y por qué estamos aquí? —insistió Eugene.

—Esta es la segunda parte de tu pregunta, a la que no puedo contestar, puesto que lo ignoro, al igual que vosotros.

Randal se quejó:

—Lo que más me fastidia, aparte del plantón que se va a llevar mi chica, es que me hayan despojado de mi vestimenta, sustituyéndola con ésta, que no resulta de mi gusto.

Bill, muy serio, le contestó:

—Elevaremos una formal protesta al organismo competente para que considere tu particular caso. Desde luego que, mirándolo bien, ha sido un abuso de confianza.

Randal le miró, tratando de saber si lo decía en serio o le estaba tomando el pelo.

La risa de los demás le confirmó que era lo último y, por tanto, se unió a la hilaridad para no desentonar en el grupo.

Luego, Kevin expuso:

—Ahora, lo que no les perdonaré es el modo tan expeditivo que han empleado para hacernos venir aquí. Por lo menos, en lo que a mí se refiere, pienso corresponder con la misma cortesía.

—Sí, por aquello de que la nobleza obliga. ¿No es eso?

—Exacto, comandante. ¿No te parece?

—Por lo menos, es justo reconocerlo, que nos han instalado en un lugar lleno de comodidades.

—En eso te doy la razón, Eugene, pero por muy cómodo que sea todo esto, no deja de ser una jaula, en la que estamos confinados.

—Hombre, no hay para tanto. A lo mejor te mandan compañía

para que no te aburras con nosotros.

Bill escuchó a Randal y las últimas palabras de Kevin, y para animarles un poco les participó:

—Aunque por vuestro estado de inconsciencia no lo pudisteis apreciar, hasta aquí vinisteis acompañados de tres lindas muchachas.

Los tres abrieron mucho los ojos, y la pregunta se produjo inmediatamente por mediación de Eugene:

—¿Volverán?

—Lo ignoro. Sela nada me dijo sobre el particular.

—¿Sela?... ¿Quién es Sela?

—Otra lindísima muchacha. Me olvidé deciros que, al volver en mí, tuve la grata sorpresa de encontrarme acompañado.

Randal, dirigiéndose a los demás, manifestó:

—¿Qué os parece el pillín del comandante? Lo calladito que se lo llevaba, ¿eh?

—Nada más lejos de mi intención. Simplemente que todavía no se había presentado la ocasión de decíroslo.

—¿Y cómo es ella, comandante? —inquirió Kevin, vivamente interesado.

—Ah, pues... ¡una preciosidad! Mirad si he conocido muchachas, pues como ésta, ninguna.

—Venga, comandante, desembucha de una vez, que nos tienes intrigados.

—Un poco de paciencia, amigos, que la descripción vale la pena. Pero para ello hay que situarse para saborear mejor la impresión que me produjo.

—¿Y cómo debemos de situarnos, Bill? —preguntó Randal, con el mismo tono festivo del comandante.

—Sencillamente. Imaginad que al abrir los párpados os encontráis con el rostro más dulce y bello que hayáis imaginado.

Los tres trataron de representarse a la mujer de sus sueños, y hasta incluso adoptaron una fisonomía de circunstancias.

—Ante mí vi un rostro angelical, de ojos azules quedestilaban ternura, de unos labios con una sonrisa cautivadora, una vocecita que sonaba a gloria dándome labienvenida...

De los tres se escapó un suspiro de añoranzas contenidas.

El comandante prosiguió, medio en serio y medio enbroma:

—Una abundante cabellera rubia, sirviendo de marcoa sus perfectas facciones, y cayendo sobre sus bien torneadoshombros de color tenuemente sonrosado...

Bill hizo una pausa, que no fue interrumpida por losdemás, a la espera de que continuara en su descripción, que no se dilató:

—Como atuendo, una túnica roja, sutil, a través dela cual se podía adivinar la perfección de sus formas...Esbelta, magníficamente proporcionada, de andares alados...

Otra nueva pausa, que se prolongó más de la cuenta, en vista de lo cual, Kevin apremió, impaciente:

—¿Y qué más, comandante?

Bill pareció volver en sí, y preguntó, casi indignado:

—¿Cómo que qué más? ¿Acaso no tenéis ya bastante?

Kevin quiso justificarse:

—Hombre..., es que lo has narrado tan bien, que nossabe a poco.

—Pues eso es todo.

—¿Tendremos ocasión de verla? —preguntó Randal.

—Así lo espero, o por lo menos éste es mi deseo.

—¿Y dices que a nosotros nos trajeron tres muchachas?

—Exacto, y nada despreciables, por cierto.

CAPITULO III

Pareció que la alusión a Sela llegara a sus oídos, y no quiso dilatar la curiosidad de los demás.

La puerta circular se abrió y apareció ésta, con un nuevo personaje.

Tanto Randal como Kevin y Eugene comprobaron que Bill no les había mentado y que todavía quedó cortado en la descripción de la hermosa muchacha.

Sela, con sonrisa encantadora, saludó:

—Comandante, señores... Se encuentran completamente restablecidos, por lo que veo. Les presento a quien riga los destinos del planeta Sel negro, nuestro Sel.

El personaje en cuestión era de una edad indefinida y se le notaba ágil, de inteligencia despierta, y del que irradiaba cierta confianza.

Tomó la palabra en forma pausada:

—Primero de todo os ruego me perdonéis por el procedimiento tan poco cortés en traerlos con nosotros. Luego comprenderéis el porqué. Sentados, por favor.

Obedecieron a la indicación, y Sela fue a situarse al lado de Bill, sin que de sus labios desapareciera la sonrisa.

—A nuestro conocimiento ha llegado la hazaña de que habéis sido capaces, o sea, la destrucción de una nave perteneciente a los enjambres humanos.

Bill contestó por todos ellos:

—En efecto, así ha sido. Pero...

El jefe Sel levantó una mano, como pidiéndole que tuviera paciencia, y prosiguió:

—El método que siguen los enjambres humanos es eliminar a quienes les han infringido algún daño, y vosotros no constituís una excepción. Estabais sentenciados.

—Esto será una apreciación muy particular —le replicó Bill.

—Tenéis derecho a la duda, puesto que no habéis vivido cerca las consecuencias.

—Sabemos algo de sus actuaciones.

—Quizá, pero mirad lo que os esperaba, de estar envuestros respectivos alojamientos.

Sela presionó un botón, situado en una especie demesita, y acto seguido, un panel se descorrió en la pared, apareciendo una pantalla.

Por ella fue desfilando cada uno de sus alojamientos...completamente destruidos.

Sel aclaró:

—Esto fue realizado durante las horas que dedicáis al descanso.

Los cuatro palidieron al ver en qué estado habían quedado, y lo que más les llamó la atención es que en ellos había un cuerpo humano hecho cisco, y con los uniformes que ellos utilizaban.

—Pero esos cuerpos...

—Naturalmente que no son los vuestros. Pertenecen a otros tantos de los enjambres humanos que mis agentes sustituyeron.

—Por lo que deduzco que, según esto, se nos ha dado por muertos.

—Exacto, y se os han rendido los honores correspondientes a vuestro rango.

—Es de esperar que toda esta farsa conduzca a un fin determinado.

—Tus deducciones son lógicas, comandante.

—No creo equivocarme que vuestro interés se ha centrado en que ellos crean que han conseguido sus propósitos, o sea que su venganza o sentencia ha sido cumplida.

—Estás en lo cierto, comandante. Tu grado de inteligencia lo considero muy elevado, por lo que me congratulo en haber llevado a efecto mi plan.

—Gracias por lo de la inteligencia, mas te aseguro que no se sale de lo corriente. Y si te parece, jefe Sel, dejémonos de circunloquios, y vayamos al grano.

Sel esbozó una sonrisa, para manifestar:

—Compruebo que también eres impaciente.

—Considero que las vaguedades sólo conducen a confusionismos. Soy amigo de la claridad y de dejar bien delimitadas las posiciones.

—Me satisface tu modo de pensar. Bien, vayamos a lo que interesa.

Sela dirigió una mirada de complacencia al comandante, como dándole a entender que había asimilado bien su lección, no formulando una sola pregunta hasta el momento.

Los demás componentes del EPE eran meros espectadores, sin intervenir en la conversación, aunque su atención se centraba, en gran parte, en la contemplación de aquella rubia muchacha, en la que no podían encontrar defecto alguno.

—En nombre de la existencia de nuestro planeta y del vuestro propio, te ruego, comandante, al igual que a tus subordinados, que nos ayudéis a librarnos de los enjambres humanos.

—Poco vamos a poder hacer nosotros, puesto que carecemos de medios para combatirlos.

—Pondré a vuestra disposición todo cuanto necesitéis. Es más, os adelantaré que en un hangar secreto se está ultimando la construcción de cuatro astronaves similares a las vuestras, y con dispositivo antivibratorio.

Aquí, Bill no se pudo contener y preguntó intrigado:

—¿Cómo sabes que tropezamos con esta dificultad?

—Los teníamos sometidos a control cuando entrasteis en el mismo campo vosotros, y vimos lo que os sucedía.

El comandante Bill Steen meditó, por unos momentos, las últimas palabras de Sel, y, con velada indignación, expuso, ya sin importarle el hacer preguntas o no:

—Si está al alcance de vuestra mano el controlarlos, ¿por qué no tratáis de eliminarlos?

Sel quedó un tanto avergonzado, y contestó:

—En efecto, podríamos hacerlo. Pero ellos nos ganan en material

destrutivo, y la existencia del planeta Selnagrodesaparecería de su galaxia, con todos sus habitantes.

—Permíteme decirte, Sel, que pecas de ingenuo. ¿Cómo imaginas que interpretarán el que ellos descubran que nosotros operamos, tomando como base vuestro planeta?

—Vuestra presencia en nuestro territorio sólo es conocida por un reducido número de personas de mi entera confianza. Los otros no pueden sospechar de vuestra existencia, puesto que os imaginan muertos.

—De todos modos, pueden localizar nuestro punto de partida y, para los efectos, será lo mismo.

Los rostros de Sel y de la hermosa Sela se entristecieron. En la muchacha, en su mirada, había una muda súplica, y el propio jefe Sel manifestó:

—Era la única esperanza que nos quedaba, el que nos ayudarais... Compruebo que ha sido una simple quimera, y lo peor es que vuestro planeta seguirá el mismo destino del nuestro.

Hubo tanta pena y sinceridad en estas palabras, que a Bill se le hizo un nudo en el corazón.

Al cabo de un rato, manifestó:

—Bueno..., en resumidas cuentas, ambos estamos interesados en terminar con los desmanes de los enjambres humanos, y si dices que nuestra presencia es ignorada de los demás, salvo el reducido número de leales...

—Entonces, ¿aceptas? —inquirió Sel, anhelante.

—Todavía no puedo contestarte de forma categórica. Primero tenemos que inspeccionar el emplazamiento, los medios con que contaremos y luego lo deliberaremos con mis compañeros.

—Estoy seguro de que todo resultará a vuestra entera satisfacción. Podéis iniciar la inspección cuando gustéis.

* * *

El resultado de la inspección complació plenamente a Bill y a sus

compañeros. Más aún porque durante ellas acompañó Sela, facilitando toda clase de explicaciones.

El lugar donde se hallaba era un complejo subterráneo, constituido por un laberinto de pasillos y pozos, por los que igual se ascendía a otros pasillos, como se descendía.

Disponían de unos vehículos, colectivos o individuales, en los que se accionaba un pulsador determinado, y, sin intervenir para nada, les conducía adonde deseaban.

De este modo, sin fatigarse, aquellos vehículos magnéticos, en corto espacio de tiempo, cubrieron el recorrido, que representaba muchas millas.

Aquel lugar era de origen volcánico, donde se conservaban muchos cráteres, con sus correspondientes chimeneas en total extinción, aunque próximamente había aún otros volcanes en actividad.

Todos los volcanes inactivos se comunicaban entre sí por medio de amplias galerías, lo que permitía, dado el diámetro de la chimenea y cráter, el paso de una nave espacial de reducidas dimensiones como las que ellos dirigían.

Luego de que terminaron todo el recorrido, a lamentación del comandante acudieron varias ideas y, si esto era factible, por su parte aceptaría, y no dudaba que sus compañeros harían otro tanto.

Sela les aclaró:

—Tened en cuenta que este lugar permanece ignorado a los habitantes de nuestro planeta. Todos lo creen peligroso por su actividad volcánica. Sólo un reducido número sabemos de su existencia, y todo el complejo que encierra.

Bill le preguntó, guasón:

—Oye, Sela. ¿Y no habrá el peligro de que a un volcán de éstos le dé por encender su caldera, y nos asemeje a vulgares salchichas?

—Ignoro a lo que te refieres, con eso de salchichas. Pero si aludes a que puedan entrar en actividad, hay unos dispositivos que aíslan el foco inmediatamente.

—Menos mal, puesto que no me seducía mucho la idea. Referente a las salchichas, nuestros antiguos las citan como unos comestibles muy sabrosos, con los que incluso se chupaban los dedos. Palabras

textuales.

—Palabras muy significativas, por lo que se deduce que tus antiguos vivían para comer y no comían para vivir.

—Eso no es ninguna novedad. Ellos también lo decían, lo único que..., por lo visto, muchos no lo llevaban la práctica, y la obesidad estaba a la orden del día, cosa que en la actualidad es un caso raro. Me refiero al segundo concepto, claro está.

Randal miró a Kevin y le preguntó:

—¿Oye... se puede saber a qué ha venido esta discusión tan engorrosa?

—¿A qué ha de venir, zoquete? A lo de la sal...chicha.

—Pues, despabilado, me parece que a raíz del golpe que te voy a dar, se producirá el sal...chichón.

Los demás rieron los chistes malos de ambos.

Estaban de nuevo en el alojamiento que ocuparon en un principio, y Bill le manifestó a Sela:

—De ser posible la instalación de unos dispositivos, creo que este lugar sería ideal como base de nuestras operaciones.

—Puedes disponer de lo necesario, y modificar o implantarlo que consideres más conveniente.

—Gracias, Sela. En ese caso... ¿Qué os parece, muchachos?

Fue Eugene, el mayor de los tres, quien respondió por ellos:

—Lo que tú dispongas, comandante, nosotros, muy gustosos lo aceptaremos.

La muchacha le contemplaba, impaciente, pendiente de su determinación, y después de meditarlo unos momentos le manifestó:

—Bien..., le puedes decir a Sel que aceptamos. Esperemos que todo salga bien, y no tengamos que lamentar esta decisión.

—Sela alargó su mano derecha para coger la izquierda del comandante. Unió el dedo índice con el de él y entrelazó los demás dedos, llevándose a continuación la mano del comandante a su corazón.

El contacto de aquella piel suave con su mano, y el notar la tibieza y turgencia de sus senos, hizo que la sangre de Bill acelerara su ritmo.

Sela manifestó, emocionada, reteniendo de la forma indicada la mano del comandante:

—Gracias. Estoy segura de que triunfaréis en la empresa.

Luego, dirigiéndose a los demás y al propio comandante, advirtió:

—Fijaos bien en este saludo. Será la consigna de quienes son leales a Sel y, en consecuencia, a vosotros. Desconfiad de quienes, al veros por primera vez, no lo hagan de este modo.

Y acto seguido, repitió el saludo con Eugene, Randy y Kevin, quienes, muy gustosos, lo recibieron.

Aunque, dicha sea la verdad, a Bill no le hizo mucha gracia aquello, puesto que a Sela, por lo menos por derecho de primacía, ya la consideraba algo suyo.

Luego les indicó:

—Aquí tenéis los elementos de comunicación directos con Sel, y este otro conmigo. Al establecer la comunicación, en la pantalla aparecerá el rostro de la persona con quien deseáis hablar. De este modo no dará lugar a que se cometan indiscreciones, que podrían dar al traste con nuestros planes.

—Perfectamente, Sela —dijo Bill.

—Otra cosa. Antes de comenzar a hablar vosotros, cercioraros bien de quién aparece en la pantalla. Si no somos ninguno de los dos, cortad la comunicación. En cuanto digáis una palabra, vuestra imagen aparecerá en la pantalla receptora.

—De acuerdo. Lo tendremos presente.

—Ya conocéis la distribución del lugar, y todo el personal aquí presente estará por entero a vuestro servicio. Os obedecerán como si de Sel o de mí se tratara.

Bill asintió y la muchacha terminó:

—Y ahora, os dejo. Voy a comunicarle la grata nueva a Sel.

Y con una encantadora sonrisa, se despidió al tiempo que salía de la estancia.

CAPITULO IV

El comandante Bill Steen y los tenientes RandalOrr, Kevin Getty y Eugene Evans, estuvieron muy ocupados en revisar y ultimar el funcionamiento de sus respectivas cosmonaves.

Particularmente Bill, no sólo se dedicó a este menester, sino a establecer innovaciones y dispositivos de seguridad en los lugares que creyó más convenientes.

Estaba en este menester cuando, sin saber cómo, se presentó ante él una muchacha desconocida.

Ella le hizo el saludo de ritual, llevando su mano entrelazada a su pecho.

—Me llamo Selinea.

—Tanto gusto. Yo, Bill Steen.

—Encantada. Tú eres el comandante terrícola.

—Exacto.

Aquella muchacha morena no podía decirse que fuera una belleza excepcional, pero, en conjunto, resultaba atractiva y más, con aquella túnica transparente que dejaba adivinar sus formas.

Ella estaba mirando fijamente a los ojos, y todavía le retenía la mano sobre su pecho.

—¿Qué haces aquí solito, comandante?

—Pues trabajando, preciosidad.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—Gracias, pero eres demasiado delicada para malgastar tus energías.

—¿Insinúas que soy débil?

—Nada más lejos de mi pensamiento.

—¿Entonces...?

—Ha sido un simple tributo a tu belleza.

—¡Ah...! ¿Te gusto?

La pregunta, por inesperada y repentina, dejó al comandante sin saber qué contestar.

A poco reaccionó y contestó:

—Como hombre, sé apreciar la belleza femenina, y tú eres hermosa, Selinea.

La muchacha, mimosa, se abrazó a él, al tiempo que manifestaba:

—¡Oh, comandante!... Eres muy fuerte...

Y levantó la cabeza, mostrándole sus labios tentadores tan cerca de su boca, que no tuvo más que inclinarse ligeramente y besarlos.

Ella se abrazó con frenesí, y Bill notó cómo su cuerpo se incrustaba en el suyo.

Aquella repentina fogosidad le dejó desconcertado, pero, hombre al fin, no pudo sustraerse de las sensaciones que le suscitó la proximidad de aquella joven.

Sus respiraciones eran entrecortadas, las caricias seducían y todo aquello que empezó de forma tan brusca, de manera tan arrolladora, inesperadamente cesó en el acto.

La muchacha se separó de él y, mirándole como satisfecho de comprobar su poder de atracción, le manifestó:

—Creo que seremos buenos amigos, comandante.

—Por lo menos, la primera entrevista no ha podido ser más amistosa —le contestó Bill, un tanto irónico, producto de la decepción que le había causado el que ella cortara aquel momento.

—Nos veremos en otra ocasión. Ahora, tengo prisa.

Y sin una palabra más, dio media vuelta, alejándose de su lado.

Bill estuvo contemplando aquella silueta que se recortaba a través de la transparente túnica, y no supo qué pensar de todo aquello.

Encogiéndose de hombros, prosiguió en su ocupación interrumpida.

Más estaba visto que su labor no iba a terminarla.

Un sexto sentido le advirtió de un peligro indeterminado, e inmediatamente tomó sus precauciones.

De forma rauda, vio cruzar por el espacio tres sombras, desenfundando su propulsor de rayos, se dirigió hacia la enorme sala subterránea donde estaban aparcadas las naves.

Con precaución, oteó aquel espacio. Allí no se veía nada.

Le llamó la atención esta circunstancia, ya que sus compañeros todavía tendrían que estar dedicados a comprobar el exacto funcionamiento de los sistemas de sus máquinas espaciales.

Aquello no le gustó, y se fue deslizando, cauteloso y atento ante cualquier sorpresa.

Confirmó que algo raro estaba sucediendo, desde el momento que, en el suelo, al lado de la astronave que correspondía al teniente Eugene Evans, había una herramienta.

Nunca se dejaban los instrumentos de trabajo abandonados por el suelo, puesto que tenían su estuche correspondiente.

Otro detalle fue que las escotillas de acceso estaban las cuatro abiertas.

Esto sería normal de estar ellos manipulando en las máquinas, pero sin encontrarse presentes, siempre se cerraban para evitar que alguien pudiera entrar e, inconscientemente, descalibrar algún aparato de precisión.

Iba a moverse del lugar donde estaba, cuando notó un ligero rumor sobre su cabeza.

La levantó con rapidez, y alcanzó ver una sombra que se ocultaba en un entrante del muro.

Consciente de que estaba sometido a vigilancia, simuló no haberse apercebido de ello para que, quien fuera, se confiara y quedara al descubierto.

Avanzó dos pasos más, y notó que algo se le venía encima.

Con rapidez se volvió y casi por intuición apuntó su propulsor de rayos, presionando el disparador.

Unos haces luminosos pasaron cerca del cuerpo del volátil humano y, como si perdiera la estabilidad y dirección que llevaba, fue a

estrellarse ruidosamente contra el suelo, muy cerca de donde él estaba.

A los pocos segundos, aquel cuerpo se fue poniendo de un rojo vivo, para desintegrarse acto seguido en una nebulilla de vapor.

Redobló sus precauciones, y se internó en un pasadizo oscuro para acercarse a una de las partes laterales del hangar.

Se sintió agarrado de ambos brazos, y sus pies no tocaban el suelo.

Le habían izado, pero Bill, sin soltar el arma que pretendían quitarle, logró dirigirla contra uno de los saltantes, accionando el disparador.

El cayó pesadamente al suelo desde una altura de unos dos metros, pero, cerca de donde estaba, se repetía el fenómeno de desintegración de un cuerpo.

Vio una forma que huía. Fue a disparar, pero ya se había esfumado.

Salió de aquella zona peligrosa, debido a la oscuridad que allí imperaba, lugar ideal para cualquier emboscada como la que allí había sufrido.

Iba a dirigirse al hangar, cuando oyó voces en una estancia no muy lejana adonde él se encontraba.

Se encaminó hacia allí y, con las prisas de llegar cuanto antes para saber lo que sucedía, ya cerca de la entrada de aquella estancia tropezó con algo que, al caer, hizo un ruido metálico.

Acto seguido, oyó una voz femenina que gritaba:

—¡Socorro!... ¡Dejadme, dejadme...!

El comandante Bill Steen, empuñando su arma, corrió hacia el lugar de donde partían aquellas voces en demanda de auxilio.

Vio a cuatro volátiles humanos que rodeaban a Selina, y uno de ellos la mantenía abrazada.

La muchacha, al ver al comandante, comenzó a golpear el pecho de aquel ser que la mantenía sujeta.

Los demás quedaron un tanto sorprendidos por la presencia del comandante, y Bill aprovechó este momento para dirigir su propulsor de rayos y alcanzar a los dos de ellos.

De los otros, uno emprendió el vuelo inmediatamente, y el que sujetaba a la muchacha pretendió llevársela consigo.

Con serenidad, Bill apuntó para no herir a Selinea, y un brillante rayo partió de su arma, dando al costado del volátil que la retenía.

Este la dejó libre para llevarse las manos al costado donde había recibido el impacto, dio unos pasos tambaleante, y, posteriormente, cayó al suelo cuando largo era.

Quedaba el cuarto, que se mantenía revoloteando, puesto que el comandante le cortaba la salida.

El volátil humano, al verse perdido y contemplar la suerte que habían corrido sus compañeros, fue descendiendo hasta posarse en el suelo y quedar inmóvil.

Con cara asustada, a través de la escafandra que llevaba, manifestó:

—No dispaes. Me rindo.

Pero antes de que Bill pudiera decir palabra, no supo cómo, Selinea tenía un arma en la mano, con la que fulminó a aquel volátil que se rendía.

Acto seguido, la muchacha corrió a refugiarse en los brazos del comandante y, lloriqueando, manifestó:

—¡Oh!... ¡Qué susto más terrible he pasado!... ¡Si no llega a ser por ti, se me llevan con ellos...!

Bill trató de consolarla:

—Vamos, vamos... Cálmate... Ya ha pasado todo.

Pero ella seguía gimoteando, sin soltarse del comandante hasta pasado un buen rato.

Cuando pareció que se había serenado, Bill le preguntó:

—¿Por qué le has disparado, si su intención era entregarse?

—No lo sé... Quizá estuviera demasiado nerviosa, y no he podido controlarme.

—Pues eso no se hace, Selinea. Hay que respetar las vidas humanas, aunque se trate de un enemigo, siempre que depongan su actitud y no corra peligro la tuya propia.

—Pues eso es lo que he hecho.

—No. Repito que su intención era entregarse.

—Les conoces poco... A la primera ocasión te hubiera arrebatado tu vida, sin tener en cuenta que se la habías perdonado.

—Ese será tu parecer... En fin, ya ha pasado. Sólo me falta encontrar a mis hombres.

—¿Tus hombres?

—Sí, estaban en el hangar, dedicados a la revisión de las aeronaves.

—¡Ah! Entonces, ya lo sé. Ven conmigo.

Le condujo hacia una rampa ascendente y luego, atravesando un pasadizo, dieron con una especie de balconada.

Selinea manifestó:

—Asómate aquí y les verás, en aquella cornisa.

Así, lo hizo y, en efecto, los tres tenientes se encontraban en aquel saliente del muro que formaba una de las paredes del hangar.

Estaban maniatados y amordazados, completamente inmóviles, puesto que, debido al reducido espacio en donde estaban colocados, al menor movimiento podían caer en el vacío.

Bill no pudo por menos que manifestar:

—¿Cómo diablos están ahí?

Lo que le aclaró Selinea:

—Los volátiles humanos...

—Es verdad. Parece que esté perdiendo facultades... y no me extrañaría que todo ello fuera a consecuencia de tu presencia.

—¿Tanto te impresiono, comandante? —inquirió la muchacha, acercándose más a Bill, quien dijo aquello como un simple cumplido y que, por lo visto, la joven lo había tomado muy en serio.

Bill no tuvo otro remedio que no decepcionarla, contestándole:

—Claro que sí.

—¡Oh!...

Y la joven se volvió a abrazar al comandante, y de este modo hubieran estado mucho rato, de no ser que a sus espaldas sonó una voz, también femenina, que manifestaba con un matiz no exento de cierta ironía:

—¡Oh, perdón!... Te creía muy ocupado con tus máquinas, comandante. Pero compruebo que la mecánica te atrae poco...

Selinea se separó bruscamente al oír aquella voz y, al volverse, Bill pudo ver ante él a Sela.

Se encontró un tanto confuso por la situación, pero reaccionó y comenzó:

—Es que...

Sela le cortó:

—No tienes por qué darme ninguna explicación sobre tus preferencias.

Bill se amoscó un poco, replicando:

—No se trata de mis preferencias, sino de mis hombres.

—Pues quien te hubiera visto, diría todo lo contrario, puesto que contigo sólo está... una mujer.

Y pronunció el nombre de mujer con una entonación especial, que hizo a Selinea erguirse, desafiante, para inquirir:

—¿Te molesta que el comandante tenga sus inclinaciones?

—Con el uso de tu pregunta, confirmas el lugar en que estás catalogada.

Pareció que estas palabras constituían uno de los mayores insultos, y Selinea, dando media vuelta, se alejó del lado del comandante.

Por lo tanto, quedaron frente a frente Sela y Bill.

La primera, tras dirigirle una mirada poco amistosa, le invitó:

—Ahora puedes decirme lo que les pasa a tus hombres.

Bill, un poco molesto por los aires de reina ofendida de Sela, le replicó:

—Gracias por tu condescendencia. Dígnate asomarte y tú misma lo verás.

Pasó muy cerca de él, sin deponer su cara seria, siguiéndola indicación de Bill.

Una explicación, y acto seguido una pregunta brotó de la garganta femenina:

—¡Oh!... Pero, ¿qué hacen ahí tus hombres?

Una sonrisa triunfante distendió los labios del comandante, al manifestar:

—Para una inteligencia catalogada, desdice mucho tener que recurrir a los interrogantes.

Bill no lo pudo ver, pero el impacto dio el resultado apetecido.

Sela se mordió los labios, para luego contestar, pasando por alto las palabras del comandante:

—Esto es obra de los enjambres humanos.

—Muy inteligente tu deducción, pero no se necesitaba un lince para llegar a tal conclusión.

Sela se volvió y, dejando su cara seria para mostrar una risueña, inquirió:

—Comandante... ¿Qué te parece si dejamos de echarnos indirectas ofensivas, y nos portamos como buenos amigos? Ya ves que no tengo inconveniente en preguntar.

Bill respiró aliviado, correspondiendo a su sonrisa con otra, al contestar:

—Eso me parece muy bien. Por mi parte, está todo olvidado, y que conste que no empecé yo.

—Lo reconozco, ha sido una estupidez por mi parte. Así pues, ¿quedamos amigos?

—No faltaría más. Desde el primer instante te he considerado de este modo, Sela.

La muchacha unió y entrelazó sus dedos con los de él, para luego llevarse ambas manos al corazón.

Bill, naturalmente, aceptó aquel pacto de amistad y, al tenerla tan cerca, se convenció una vez más de lo bonita que era aquella criatura, y tuvo que hacer un supremo esfuerzo para no abrazarla.

CAPITULO V

Tuvieron que hacer uso de una plataforma levadiza, para rescatar a los tenientes, situados en aquella cornisa.

Cuando los hubo soltado y desprendido de la mordaza, el comandante dijo, guasón:

Formabais un cuadro muy tierno; parecíais tres polluelos abandonados de su mamá ave...

Los tres bajaron la cabeza, avergonzados, más que todo por la presencia de Sela.

—Y bien, aunque imaginamos lo que ha pasado, ¿nos lo podéis describir?

Se miraron entre ellos, y fue Eugene Evans quien tomó la palabra:

—Estábamos dedicados a nuestros menesteres, cuando fuimos sorprendidos por media docena o más de enjambres humanos,

—¿Y por qué no les hicisteis frente?

—No nos dieron tiempo. Cuando recobramos el sentido, estábamos ya ahí arriba, tal como nos habéis encontrado.

—¿Qué hicieron luego los enjambres humanos?

—Lo ignoramos. Desde nuestra posición, poco podíamos ver. Sólo oímos voces y luego demanda de auxilio, procedente de una voz femenina.

Bill se vio obligado a aclarar:

—Esa voz femenina pertenecía a Selinea, a la que tenían rodeada cuatro volátiles humanos, y uno de ellos la tenía ya abrazada, dispuesto a llevársela.

Sela, muy seria, manifestó:

—¡Ah...! Ignoraba esta circunstancia.

El comandante siguió en su relato:

—Tuve que hacer frente a esos volátiles, primero para librarme de

sus ataques y luego para que dejaran tranquila a Selinea. Cuando nos viste, me dirigía adonde estaban estos pobres incautos.

Sela proseguía con su notoria seriedad, y no por ello dejaba de estar bonita, aunque se mostraba más encantadora cuando sonreía.

Al cabo de unos segundos, dijo:

—Esto es más grave de lo que en principio parece.

—¿En qué sentido?

—En el de que alguien, entre nosotros, es un traidor. Este emplazamiento es secreto, y la incursión de los ejércitos humanos prueba que han sido informados.

—¿Sospechas de quién pueda ser?

—De todos, y de nadie en concreto. Hay que poner al corriente de esta circunstancia a Sela para que tome las medidas oportunas, y voy a hacerlo ahora mismo.

—De acuerdo, Sela. Nosotros nos vamos a ocupar, de nuevo, de las astronaves. Sospecho que algo habrán hecho en ellas.

Cuando se fue Sela, Bill se encaró con sus hombres:

—Que lo sucedido os sirva de lección para estar prevenidos en todo momento. ¿Cuánto tiempo habéis estado inconscientes?

Fue Randal quien contestó:

—La verdad es que, por lo menos por mi parte, no lo podría precisar.

—¿Y vosotros?

Le confirmaron las palabras de Randal; no podían saberlo en concreto.

—Pues no nos queda más remedio que empezar de nuevo el trabajo de revisión, y ahora de forma más meticulosa. Así que, manos a la obra.

Cada uno se dedicó a su menester, incluyéndose en ello el mismo comandante.

Bill terminó su revisión, sin hallar nada anormal. Esto, en vez de tranquilizarle, acrecentó más su sospecha.

Se basaba en lo siguiente: si hubieran pretendido llevarse a sus hombres o eliminarlos, lo hubieran hecho inmediatamente, y sin molestarse en maniatarlos.

Por otra parte, si su misión era la destrucción de las aeronaves, como acto de sabotaje, los resultados no se hubieran hecho esperar.

De nuevo comenzó la revisión, y en esta ocasión supaciencia se vio coronada por el éxito.

Cuando estaba repasando el sistema de disparo de las armas de a bordo, del cable principal del pulsador partía una derivación.

La siguió, comprobando que terminaba en una cajita situada en el mismo depósito de municiones.

Con mucho cuidado, la extrajo y desconectó los cables.

El que había realizado aquel trabajo era un experto en la materia, pero el comandante no se quedaba atrás en estos menesteres.

No por ello se dio por vencido, y prosiguió en su concienzuda búsqueda.

En los depósitos de combustible halló, muy bien disimulada, otra cajita, ésta conectada con el sistema de nivel del combustible, de modo que cuando éste bajara, entraría en funcionamiento el artefacto y la explosión se produciría.

Bill pensó que lo habían planeado muy bien. De haberse lanzado al espacio, con aquellos dispositivos implantados, seguro que hubieran conseguido sus propósitos.

No desistió en su empeño, y por más que miró y remiró, ya no halló nada anormal.

El teniente Kevin Getty se presentó ante él, con una cajita.

—Mira, Bill, esto he encontrado en los depósitos de combustible.

—Muy bien, Kevin. Pero seguramente a bordo llevarás otro artefacto.

—¿Otro...? —inquirió, incrédulo.

—Sí, y no menos eficaz que el que has descubierto.

—¿Dónde?

—Mira el cable principal del pulsador de disparo. Allí tienes la otra pista.

El teniente Kevin dio media vuelta en seco y se dirigió de nuevo a su astronave.

Entretanto, los otros dos tenientes, Randal y Eugene, fueron con la misma novedad al comandante.

Este les miró, sonriente, y no les reconvino su falta de observación, puesto que el trabajo hecho en la derivación del pulsador podía pasar desapercibido al más ducho en la materia.

Sólo les dijo:

—Os ha sucedido lo mismo que a Kevin. Contáis con otro regalito de esa índole. Mirad dónde está emplazado.

Les mostró el cable y la carga en el lugar que ocupaba.

Eugene reconoció:

—¡Atiza...! De no ser por ti, comandante, jamás lo hubiera sospechado.

—Pues anda, ahora que lo sabéis, desprenderos del regalito.

Cuando ambos tenientes se hubieron ido, el comandante volvió a repasar su nave. Quería tener la seguridad de que todo estaba en orden, sin que algo desagradable les sorprendiera.

En su última investigación, nada anormal encontró, por lo que ya quedó tranquilo.

* * *

Sobre la capital del planeta Selnagro, cinco astronaves se aproximaban.

La alarma cundió inmediatamente cuando fueron detectadas y a la solicitud de identificación, no respondieron.

Las defensas de la periferia entraron en acción, pero una de las cinco astronaves se había infiltrado y, deteniéndose a poca altura del suelo, comenzó a salir un enjambre humano.

Se dispersaron en grupos y, volando a ras de suelo, atacaron por sorpresa a los servidores de las defensas aéreas, originando una matanza.

A poco, todas las defensas quedaron en silencio, y el pánico cundió entre la población.

Del astródromo próximo pretendieron hacer frente al ataque varias aeronaves ligeras, pero muchas de ellas fueron destruidas, sin apenas alcanzar altura.

Los habitantes de aquella ciudad eran cazados materialmente, por las calles.

La invasión era un hecho; la ciudad, sin defensa alguna, quedaba a merced de ellos.

El único núcleo de resistencia era la sede del gobierno, adonde no se podían aproximar los invasores.

Su intento les costó la destrucción de una de sus aeronaves.

Cuanto enjambres humanos pretendieron aproximarse para desbaratar su defensa, eran cazados en el aire, antes de que posaran sus pies en los muros de aquella verdadera ciudadela.

Pero lo cierto es que estaban aislados. Todos los elementos de comunicación fueron destruidos previamente, por manos traidoras.

El jefe supremo Sel se multiplicaba en dar órdenes y mantener la defensa.

Sela estuvo a punto de ser raptada, y ella misma tuvo que abatir al volátil humano.

Intentó varias veces comunicarse con el comandante, pero las emisiones estaban bloqueadas. Nadie le respondía.

Existía en la ciudadela un pasadizo secreto, que sólo conocían la muchacha y el propio Sel.

En vista de cómo estaban las cosas, Sela se dirigió a su jefe supremo, rogándole:

—Señor, huyamos por el pasadizo secreto. El comandante Bill Steen nos defenderá.

—No puedo, mi fiel Sela. He de estar con los que todavía confían en mí.

—Señor, corre peligro su vida.

—La vida de mis conciudadanos es la mía propia. Vete tú, y pídeles ayuda.

—Señor...

—No insistas, Sela. Es una orden.

El fragor de la batalla iba disminuyendo, y la muchacha iba a replicar, cuando se oyeron pasos precipitados.

El jefe supremo Sel le gritó:

—¡Huye, Sela!

La muchacha se ocultó tras un panel, que cedió al presionar un resorte.

Todavía pudo escuchar cómo la puerta fue violentada, y una voz que conocía, diciendo:

—Tu dominio ha tocado a su fin. Sel. ¡Date por prisionero!

El aludido, tras unos momentos y con toda serenidad, respondió:

—Mi afecto y distinción, ¿me lo pagas de este modo, Selgo?

—Estaba harto de ti y de tus principios. Ha llegado la hora de la preponderancia de nuestro planeta.

—Yo más bien diría que la del desastre total.

—¡Cállate, insensato...! Tienes ante ti al actual jefe supremo. ¡Llévalos y encerradlos! Irás consumiéndote día a día hasta tu desintegración... El darte muerte sería demasiada benevolencia por mi parte. Así pagarás todas las vejaciones a que me has sometido.

—¿Llamas vejaciones a oponerme a tus injusticias?

—¡Basta ya de palabrerías! ¡Llévalos de una...!

Sela ya no quiso escuchar más.

Con cuidado, terminó de cerrar el panel y, con sudor, el diminuto generador de luz, se introdujo por el pasadizo secreto.

Pese a lo complicado que era aquel laberinto, se la sabía de memoria.

A los pocos pasos, se encontró con una pared. Presionó con el pie en un lugar determinado, que caía a su derecha, y el muro desapareció en el suelo, dejando al descubierto cinco escalones.

Los bajó, presionó en otro lugar y el muro adquirió su posición primitiva.

Anduvo un buen rato, y se encontró con un foso en cuyo fondo se debía oír el rumor de aguas tumultuosas.

Presionó otro resorte y una pasarela hizo aparición. Una vez la hubo franqueado, del lado opuesto volvía a presionar otro resorte y el foso quedó sin posibilidad de paso.

Prosiguió andando todo lo aprisa que podía; incluso en algunos momentos corría.

Sabía la enorme distancia que le separaba del lugar donde estaba el comandante y sus hombres, pero tenía que llegar cuanto antes, y esto hacía que no se diera cuenta de la fatiga que le estaba invadiendo.

Llegó a un lugar en que el paso estaba interceptado por una puerta enrejada.

Buscó un determinado punto en la parte derecha del marco y la puerta enrejada se abrió. Una vez que hubo pasado al otro lado, ella misma la volvió a su posición de principio.

Redobló sus esfuerzos, volvió a correr, pero, pasado un buen trecho, tuvo que rendirse a la fatiga y hacer un alto para reponer fuerzas.

Sus pensamientos eran una amalgama, en los que se mezclaban el comandante, su jefe supremo, el traidor Selgo y el desastre de su pueblo.

Casi se quedó dormida, tal era el cansancio que le invadía, e incluso casi le pareció que soñó con que el comandante le estaba prodigando unas caricias muy dulces.

Un sobresalto le sacó de su amorramiento, y el sentido del deber se impuso bruscamente.

Se levantó y, con brío, reanudó su caminata.

Calculaba que ya estaría a mitad de camino y su obsesión era llegar cuanto antes al final de su meta.

Se encontró con otra puerta enrejada, luego con otro foso, obstáculos ambos que los salvó del mismo modo que los anteriores y, por fin, la escalera con sus cinco escalones.

¡Había llegado a su destino!...

CAPITULO VI

El comandante Bill Steen estaba descansando consus compañeros en el alojamiento que tenían destinado,luego de la exhausta tarea de las revisiones que llevaron a cabo en sus cosmonaves.

Inesperadamente, la señal de comunicación sonó, y en la pantalla apareció Sela, pero una Sela demacrada,maltrecha.

Su voz sonó débil:

—Comandante... Ven en seguida a verme...

—¡Sela...! ¿Qué te ocurre...?

—Ven...

La muchacha no pudo continuar y se desvaneció.

El comandante cortó la comunicación y salió del recinto como una exhalación.

Todos quedaron extrañados de las palabras que se cruzaron y la prisa del comandante.

—¡Eh...! ¿Qué sucede? —preguntó Randal.

Bill contestó, ya saliendo:

—No lo sé. Luego os lo diré.

Se fue corriendo, olvidándose de que allí tenía un vehículo que podía utilizar.

En un momento cubrió la distancia que le separaba de donde estaba Sela y, como una tromba, penetró en su estancia.

La vio desvanecida en una especie de diván.

Se arrodilló a su lado y, dándole unos golpecitos en la cara, la llamaba, angustiado:

—¡Sela, Sela...! ¿Qué te sucede, cariño...?

La joven seguía inconsciente en su desmayo y Bill trataba por todos los medios de volverla en sí.

Por fin la muchacha entreabrió los párpados y ungrito desgarrador se escapó de su garganta:

—¡Oh, Bill...! ¡Ha sido horrible...!

—¿El qué, Sela?

—El jefe supremo, mi pueblo, el traidor Selgo...

—Cálmate, querida, sosiégate...

Bill no cesaba de acariciarla para infundirle tranquilidad, y Sela, con desesperación, se abrazó a su cuello, estallando en sollozos.

—Bien, llora un poco, cuanto quieras... De este modo desahogará tus nervios.

Las palabras, dichas con toda dulzura por el comandante, parecía que aumentaban la congoja de la bella Sela. Pero aun en aquel estado, su hermosura no sufría menoscabo.

Bill le daba unos golpecitos cariñosos a la espalda, le prodigaba sus besos en sus sedosas mejillas, tratándole de que la tranquilidad volviera a ella cuanto antes.

Pareció que Sela se calmaba y comenzó a hablar:

—Los enjambres humanos se han apoderado de la ciudad. Al jefe supremo Sel lo tienen prisionero... Han desbaratado todas las defensas... La población está sometida...

Bill no salía de su asombro, y preguntó, casi enfadado:

—¿Y por qué no has pedido auxilio?

—Lo he intentado, pero han cortado todas las comunicaciones directas y bloqueado las etéreas...

—¡Válgame el cielo!... Ahora mismo vamos para allá.

Sela se abrazó, impetuosa, a él, manifestando, horrorizada:

—¡No, Bill! No vayáis... Todo está perdido, os matarán...

—Estás todavía bajo los efectos del *shock*. Pero hay que hacer algo. No vamos a permanecer cruzados de brazos.

—Sí, sí, pero ahora no. Ellos lo dominan todo y el ir hacia allí es lo mismo que ir hacia la muerte. Son crueles e inhumanos.

—Está bien, no iremos, por ahora. Pero sí que tenemos que tomar nuestras precauciones.

—Aquí estamos seguros.

—No tanto, querida. ¿Te olvidas de la incursión de los volátiles?

Sela se quedó con la boca abierta. Se había olvidado por completo de ese incidente.

—¡Oh...! Es verdad... Ahora vendrán por nosotros...Estamos perdidos, Bill.

—No del todo, querida. Nos queda un recurso; y, en último extremo, combatiremos.

—No podréis con ellos. Son demasiados.

—Ya veremos. Si no nos exponemos, ignoramos los resultados.

—Desgraciadamente, es fácil adivinar el resultado. Lo que me extraña es que aún no hayan venido por aquí.

Estas palabras de Sela dejaron pensativo al comandante, y luego, dándose una palmada en la frente, exclamó:

—¡Ya está...! ¡Torpe de mí...! Todo lo tenían planeado y este golpe está en relación directa con los actos de sabotaje en las astronaves de que disponemos.

—¿Qué quieres decir, Bill? No entiendo tu lenguaje.

—Lo comprenderás al momento. Luego de la incursión de los volátiles humanos, comprendí que su visita tendría otro objeto. Revisamos las astronaves y no me equivoqué en mi suposición.

—¿Qué encontraste?

—Pues dos artefactos en cada vehículo espacial que eran mortales de necesidad, en caso de emprender el vuelo.

—¡Oh...!

—Ahora deduzco que lo tenían bien planeado.

—¿El qué, Bill?

—Tu mente todavía está impresionada, Sela.

—Sí, no me encuentro en condiciones de deducir.

—No te preocupes, yo te lo diré. Si iban a efectuar el ataque que han realizado, el que cuatro astronaves del tipo que poseemos les hubieran hecho frente, habríamos tropezado con sus propósitos. ¿Modo de evitarlo? El eliminar el único medio de defensa con que podíais contar.

—Ya entiendo...

—Seguramente, de los que efectuaron la incursión, alguno se libró, informando a los de su bando que la misión había sido cumplida.

—Pero no tendrán la seguridad de que las astronaves hayan desaparecido con sus tripulantes.

—Ahí vamos. Pues les daremos esta satisfacción.

—¿No irás a decirme que...?

—Claro que no, criatura.

—¿Y cómo te las vas a componer?

—Tú déjame a mí. Ellos, más tarde o temprano, han de venir por aquí, y entonces no solamente verán que las astronaves estallan en el aire, sino que todo este complejo se ha ido a pique.

—En fin, tú sabrás lo que te haces.

—Confía en mí, Sela.

—De no haber sido de este modo, no hubiera venido.

—Y a propósito de esto. ¿Cómo te las has arreglado?

—Cuando vi la situación tan mal parada, quise que Sel se viniera conmigo, haciendo uso del pasadizo secreto...

Le fue contando las últimas palabras que oyó, las amenazas del usurpador y la descripción del pasadizo, así como la distancia que tuvo que recorrer hasta llegar allí.

—Pues esto es magnífico, Sela. Haremos uso del mismo para nuestros futuros planes.

—Lo que me preocupa, Bill, es que entre nosotros debe haber algún espía, puesto que este complejo se mantenía en secreto.

—Esto tiene fácil solución. Tú conoces a todo el personal y compruebas si falta alguien o hubiera algún extraño. Lo lógico es que el espía haya huido, al saber que esto era un polvorín, que iba a

estallar de un momento a otro.

—Considero muy acertadas tus palabras y voy a ponerlas en práctica inmediatamente.

—Así me gusta. Ya vuelves a ser la Sela que conocí en un principio.

—Gracias a ti, Bill, que me has devuelto la confianza. Un momento de debilidad...

—No digas eso, yo más bien diría que tu sensibilidad es la que te ha afectado, lo que pone de manifiesto tus buenos sentimientos.

Por primera vez, desde que la vio en aquel estado, Sela le sonrió de una forma encantadora y llena de gratitud.

Bill no logró sustraerse a depositar un beso en aquellos bien formados labios, y pudo notar que ella correspondía a la caricia.

Con pena, tuvo que separarse ella, diciéndole:

—Siento tener que dejarte sola, querida. Pero las circunstancias apremian.

Haciendo un supremo esfuerzo, y llevando clavada en sus retinas la imagen bella de la muchacha, se fue a reunirse con sus compañeros.

* * *

Estos le recibieron con impaciencia, y fue Randall quien manifestó:

—Ya estábamos intranquilos, comandante, y queríamos ir por ti. Pero como estabas con la muchacha...

—Nada de malos pensamientos, majaderos. Lo que ocurre...

Les resumió los acontecimientos y lo que él había pensado de todo ello.

—¿Así tú crees, comandante, que estos acontecimientos guardan relación íntima con lo de los artefactos?

—Sin lugar a dudas, Kevin.

Eugene expuso:

—Lo que no entiendo es que, si pretendían inutilizarlas naves, ¿por qué no las hicieron estallar en el hangar?

—La única explicación que cabe es que pretendieramos resultados al mismo tiempo, o sea, el hacer estallar la nave y con ella destruir al piloto.

—Es la única explicación que cabe.

—Y ahora que estáis enterados, basta de habladurías y manos a la obra. Randal y Eugene, id a colocar estos explosivos en el cráter de salida. Tú, Kevin, ven conmigo.

Los tenientes Randal Orr y Eugene Evans se hicieron cargo de unos explosivos especiales, caracterizados por hacer mucho ruido y gran cantidad de humo, pero denul poder destructivo.

A esta Clase de explosivos, ellos los llamaban de efecto, y en otras ocasiones habían dado el resultado de despistar al enemigo.

Por una rampa treparon hasta la salida del cráter y fueron depositando los explosivos, que más bien eran de arteificio.

Mientras tanto, Bill y Kevin estaban ocupados con tres grandes cohetes teledirigidos, en los que estaban aplicando unos detalles a modo y semejanza de sus aeronaves.

Cuando tuvieron terminado el primero, Bill manipuló el sistema de explosión, fijándolo de modo que estallara cuando él lo creyera conveniente y a una distancia, naturalmente.

Las mismas operaciones efectuaron con el segundo y el tercero.

Con anterioridad, el comandante Bill Steen, con ayuda del personal de aquel complejo secreto, había establecido unas medidas de seguridad en la entrada y salida del cráter, que no tuvo ocasión de poner en práctica cuando aparecieron los enjambres humanos, por lo que las terminadas.

A poco, aparecieron los tenientes Randal y Eugene:

—Ya están colocados los artefactos, comandante.

—Muy bien. Ahora vamos a proceder a la instalación de las rampas de lanzamiento en la salida del cráter.

Ambos se quedaron maravillados del efecto tan formidable de aquellos cohetes teledirigidos. Si de cerca parecían auténticas

astronaves, de idénticas características a las suyas, de lejos no darían lugar a dudas.

Así lo manifestaron, entusiasmados:

—Comandante, eres un verdadero artista —dijo Randal.

—Y capaz de despistar al más avisado —corroboró Eugene.

—El mérito no sólo es mío, sino también de Kevin.

—No me digas, comandante. Kevin es incapaz de distinguir un alerón de un elefante.

—Lo de elefante lo dices por ti, ¿no es eso, Eugene?

—Ya estamos... Kevin, no señales de ese modo.

—Si no señalo; únicamente aludo a tu apéndice nasal, que se asemeja a la trompa de un paquidermo,

—Me parece que te estás ganando un «trompazo» «paqui-duermas» una temporada, jovencito.

Intervino Randal:

—No seáis tontos, pareja. El elefante no es paquidermo, sino proboscídeo. Aunque bien mirado..., el cerdo también pertenece a los paquidermos, y sois la fiel representación del...

No pudo terminar porque algo blando y pegajoso fue a incrustarse en pleno rostro.

Era la vasija de pegamento especial que habían utilizado para el revestimiento de los cohetes, y que Kevin, sin pensarlo dos veces, se la había lanzado.

Los tres comenzaron a reír, al comprobar los apuros que estaba pasando Randal para desprenderse de aquella masa pegajosa.

Randal, cuando se hubo despejado ojos y boca, sentenció, muy serio:

—Ya lo dijo Confucio: «Quien con animales convive, sólo recibe burradas...».

Las risas se redoblaron porque los labios se le habían quedado pegados, y tuvieron que hacer uso de un disolvente para dejarlos en libertad.

Luego de pasado el rato de broma, prosiguieron consu cometido.

Por medios mecánicos, ellos cuatro solos se trasladaron la rampa de lanzamiento, con los cohetes yadispuestos a ser lanzados en el momento propicio.

Luego se fueron al puesto de control, en espera deacontecimientos.

El encargado del mismo, nada más ver a Bill, manifestó:

—Ninguna novedad por el momento, comandante.

—Muchas gracias. Si quiere, puede descansar un poco.Nosotros nos ocuparemos de la vigilancia.

—Gracias, comandante, pero prefiero estar aquí, porsí me necesitan.

—Como guste.

CAPITULO VII

En el puesto de control tenían montada la guardia el comandante, los tres tenientes y el encargado del mismo.

Allí les encontró Sela, que, luego de saludar a los tenientes y al encargado, se dirigió al comandante diciéndole:

—Bill, todos están en el complejo, salvo Selinea. Metemo que la hayan raptado.

El comandante se quedó un poco parado ante aquella noticia y preguntó:

—¿En qué fundas tus temores?

—Según me dijiste tú, ya pretendieron hacerlo y, como no la he encontrado por parte alguna, es lo único que cabe.

—¿Tenías plena confianza con Selinea?

A Sela se la vio titubear claramente, para luego responder:

—Debía tener confianza con ella, pero...

—Pero, ¿qué?

—No sé..., nunca ha gozado de mis simpatías, aun que la verdad es que nada tenía contra ella.

—Esto quiere decir que pones en duda su lealtad, ¿no es eso?

—Si te fundas en mi apreciación tan infundada, valga la redundancia, así es.

La imaginación de Bill trabajó a la velocidad del vértigo, y se le representó el momento en que él estaba en la salida del volcán y aquel repentino e inesperado abrazo de la morena Selinea, y mientras la mantenía abrazada, aquella sombra que vio.

Después, la súbita demanda de socorro, cuando inconscientemente, por aquel hecho fortuito, descubrió su proximidad, y aquel injustificado acto de eliminar al volátil humano, cuando bien a las claras demostró su rendición.

Por si esto era poco, recordó la afirmación categórica de ella, que dijo saber dónde se encontraban sus compañeros, y le condujo hasta allí.

—Sela..., he ido atando cabos y tu antipatía por esachica tiene su fundamento.

—¿En qué te basas para tal afirmación?

—¿Recuerdas cuando nos viste a los dos juntos?

Sela esbozó una sonrisa muy significativa y contestó:

—Claro que lo recuerdo. Estabais...

—No es necesario que te extiendas en detalles. Únicamente te preguntaba si lo recordabas.

—Sí, lo recuerdo.

—Te dije que hacía un momento que la había librado de unos volátiles, que pretendían llevársela.

—Sí, eso me manifestaste.

—Pues bien, he llegado a la conclusión de que ella estaba hablando con ellos y, al sorprenderla, hizo la comedia del rapto.

—¡Oh...!

—Otro detalle que me confirma mi supuesto. Ella misma eliminó a un volátil que se entregaba, y su finalidad, ahora lo veo claro, era el impedir que hablara.

—No creía que hubiera ido tan lejos...

—Y como colofón a todo esto, ella misma me indicó dónde estaban los tenientes. Eso es lo que más me hizo pensar.

—Jamás hubiera sospechado que tuviera relación con los enemigos de Sel y, en consecuencia, de nuestro pueblo.

—Pues ya no cabe la menor duda. Todo lo que te he enumerado la condena y confirma mi hipótesis de que ella haya huido de este lugar.

Sela quedó aterrada ante el pensamiento que le había asaltado, manifestando sus temores:

—Si ella ha sido quien ha descubierto al enemigo nuestro complejo secreto, no tardarán en venir por aquí entonces...

—Eso es lo que sospecha el comandante —confirmó Eugene, quien intervino por primera vez en la conversación.

—Pero ten confianza con Bill. Lo tiene previsto —la tranquilizó Kevin, que no apartaba la vista de la bella muchacha.

Sela dirigió una mirada suplicante a Bill y le preguntó, llena de zozobra:

—¿Es verdad lo que dicen tus compañeros, comandante?

—Sí, hemos tomado nuestras precauciones y esperamos que nos salga todo bien.

—Diciéndolo tú, parece que me encuentro un poco más tranquila.

* * *

La conversación fue interrumpida por el teniente Randal Orr, al indicar:

—Comandante, tres astronaves vienen hacia aquí.

Bill se fue hacia la pantalla y comprobó la distancia.

—Dejaremos que se aproximen un poco más para que puedan apreciar los efectos y no les quede la menor duda.

A su lado derecho tenía los mandos a distancia, estando pendiente de la velocidad de aquellos tres puntos.

Cuando lo consideró oportuno, dijo medio en broma:

—Adiós, muchachos, me lanzo al espacio a interceptar su camino.

Sela le miró, asustada, y no pudo contenerse de exclamar:

—¡No, Bill...!

—Queda tranquila, querida. En mi representación irá un proyectil teledirigido, con apariencia de astronave. Ven y lo verás.

En efecto, a través de la pantalla se vio cómo se elevaba una astronave en miniatura.

—¿Ves...? Esa es la «mía», y ahora la de Kevin. Y enseguida la adjudicada a Eugene.

El efecto que presentaban no podía ser de más autenticidad.

Sela iba a decir algo, pero Bill adivinó su pensamiento, al aclararle:

—La que corresponde a Randal, sufrirá un «lamentable accidente» en la misma salida del cráter.

Todo sucedió en cuestión de segundos.

En el momento que Bill tenía previsto, se produjo una explosión que conmovió todo el complejo secreto.

Como Sela no estaba enterada de los preparativos, se abrazó, espantada, al comandante, diciendo:

—¡Esto es el fin...!

—Te equivocas, querida. Es el principio. No te asustes y sigue mirando.

El comandante accionó el mando a distancia y casi tres explosiones simultáneas se dejaron oír en la lejanía, y las tres «astronaves» que habían salido al encuentro del enemigo, se desintegraron en el espacio.

Randal dijo, entusiasmado:

—Perfecto, comandante. Estarán seguros de que han logrado nuestra destrucción, como lo tenían planeado.

—Eso espero.

Sela le miró, sin comprender el porqué de aquello, y así lo manifestó:

—No entiendo todo esto, cuando más fácil hubiera sido hacer estallar los proyectiles contra las naves enemigas.

—El haber actuado de este modo tiene su explicación.

Bill la miró, sonriente, y continuó:

—Se nota que tu estado de nervios te hace olvidar cuanto te dije. ¿No recuerdas que ellos pusieron los artefactos en las auténticas astronaves?

—¡Ah, sí...!

—Pues entonces ya lo tienes todo explicado. Hay que darles la

sensación de que nosotros hemos «volado» conellas.

Siguieron prestando atención a la pantalla y vieron que las tres astronaves enemigas, luego de evolucionar alrededor de donde estallaron lo que ellos consideraban astronaves, pusieron rumbo hacia el complejo secreto.

—Ya vienen hacia aquí, señor —indicó el encargado de la vigilancia.

—Gracias, ya lo veo.

Sela le miró, y al comprobar la tranquilidad que se desprendía de él y de sus hombres, hizo que incluso ellase contagiara.

Hubo una mutación en la pantalla y apareció el cráter de entrada y salida.

Randal y Eugene quedaron estupefactos, al igual que Sela, Kevin y el propio encargado.

Randal exclamó:

—¡Atiza, sí que la hemos hecho buena...! El cráter está echando humo... Seguramente, a consecuencia de las explosiones, ha sido activado el volcán...

Bill, muy serio, manifestó:

—En efecto, incluso el cráter ha quedado interceptado por la lava. Mirad.

Así era. En un momento en que se despejó un poco la humareda, se pudo ver que allí no existía salida alguna, y era el único lugar por donde podían hacerlo.

—Pues estamos cogidos en la ratonera —expuso, un tanto desalentado Kevin.

Sela, al igual que el encargado de vigilancia, no hacían más que mirar a unos y a otros, pero sin abrir la boca para nada.

Al cabo de un ratito, el comandante Bill Steenles aclaró:

—Me siento altamente satisfecho de que os haya producido esta impresión, pues es, precisamente, lo que deseo que crean ellos.

Kevin inquirió:

—¿Quieres decir, comandante, que esto que vemos no es una realidad?

—Exacto, eso quiero decir.

—¿Y cómo te las has arreglado?

—Utilizando el exión.

El exión era un material flexible como el caucho, de fácil manejo y de una consistencia como el acero.

La superficie que daba al exterior estaba llena de irregularidades, que imitaban a la perfección rocas y fragmentos de lava, cuyo centro, impregnado de una materia reflectante, daba la sensación de que aquella zona estaba incandescente.

Bill prosiguió:

—Como veis, parte de las paredes laterales del cráter, en forma de embudo, se cierran, utilizando una frecuencia determinada. Los humos, es fácil adivinarlo, son tubos que los transportan al exterior, e incluso se pueden utilizar gases tóxicos, en caso necesario.

La admiración quedó reflejada en todos, por la genialidad del comandante, quien continuó:

—Además, esto nos permitirá, aparte de que produzca los efectos deseados, evitar se repita la incursión de personas extrañas, como nos sucedió con la visita inesperada de los enjambres humanos.

Sela dijo, entusiasmada:

—Como si fuera una puerta, ¿no es eso?

—Ni más ni menos. Esta puerta la podremos abrir y cerrar a nuestro antojo, utilizando esta frecuencia y este pequeño emisor.

Bill entregó a la muchacha y a sus compañeros una sortija con una especie de sello, que no era otra cosa que el emisor que había mencionado.

—Colocando esta palanquita hacia la derecha o hacia la izquierda, se abre o se cierra la puerta, como la hemos denominado Sela.

La aludida se colocó el anillo en el dedo y fue a decir:

—Así que...

Bill la cortó en seco:

—Un momento, Sela. No hagamos la prueba en este instante; de lo contrario se irán al traste los ardides que hemos preparado. Cuando se hayan alejado o desistido de su reconocimiento, podréis familiarizaros en el uso.

Precisamente en aquellos instantes estaban las tres astronaves enemigas a la altura del cráter activado artificialmente por el comandante.

Ofrecían un blanco magnífico, puesto que se hallaban inmóviles.

Randal no se pudo contener.

—Mirad qué bien situados están para mandarles un «saludo cariñoso», y que sus moléculas vagaran para siempre por el espacio...

Rieron la ocurrencia de Randal, más que todo por la fruición con que pronunció sus palabras.

—De buena gana lo haría, Randal, pero ello sería echarnos tierra en nuestros propios ojos. Nos interesa que crean a pies juntillas que han logrado plenamente sus propósitos y, por añadidura, la destrucción del lugar secreto.

—Lo comprendo, comandante. Ha sido hablar por no callar.

Las astronaves todavía permanecían a la misma altura, incluso descendieron aproximándose al cráter.

Todos estaban con los nervios tensos e interiormente les unía un solo deseo, que no se dieran cuenta del engaño.

Un temor también permanecía latente en ellos, el que, de un momento a otro, comenzaran a oírse explosiones, bombardeando la posición que ocupaban.

Claro que esto también lo tenía previsto Bill. Había ordenado a los servidores de las ocultas defensas que, al primer síntoma de ataque, actuaran con toda eficacia.

Además, entraba en sus cálculos, de ponerse las cosas muy mal, lanzarse al espacio con sus compañeros para enfrentarse con los atacantes.

Pero no hubo necesidad de recurrir a estos extremos, puesto que las astronaves fueron tomando altura y, por fin, se alejaron de aquellos

lugares.

Todos dieron un respiro de alivio. La más afectada fue Sela, quien, sin poderse contener, abrazó y besó al comandante, manifestándole:

—¡Lo has logrado, Bill! Lo has logrado...

Los demás se quedaron contemplando aquella escena aterracadora con cierta envidia, por no hallarse en el lugar del comandante.

Este, luego de corresponder a la caricia de Sela, rectificó:

—Lo hemos logrado, querida. No olvides a cuántos has colaborado en la consecución de este triunfo.

La muchacha, volviendo a abrazar al comandante, manifestó:

—En representación tuya, a todos les doy mis más expresivas gracias.

A Eugene le brillaban los ojitos, al preguntar:

—¿Y no te sería igual cogerme a mí, en representación?

—No seas ridículo, Eugene. Eso va bien para mí que soy el más guapo.

—Mira el pecho de Kevin. ¡Cómo se conoce que no tiene abuelita...! En todo caso, me corresponde a mí, por derecho de antigüedad.

—Mira, Randal, que me chivaré a tu novia; que te ajustará las cuentas...

Bill intervino, simulando enfado:

—A todos vosotros os voy a ajustar las cuentas yo, Sela es de mi exclusiva propiedad. ¿Entendido?

Kevin, mostrando un gesto de fastidio, se dirigió a sus dos compinches:

—Ya habéis oído, muchachos. El Se-la besa; él Se-la abraza... Es un asco, eso de tener superiores. Si fueras tú, Randal, te la disputaba a brazo partido, e incluso no tendría inconveniente en romperle las narices...

—¿Qué?... —inquirió Randal, con cara de pocos amigos.

—¡Hombre, es un decir...! Pero no me negarás que la mozuela, a nariz más o menos, vale la pena.

Bill le entregó a Kevin un higienizador nasal, a tiempo que le indicaba:

—Anda, toma y quítate los mocos, y luego a cambiarte los pañales. ¡Rápido, es una orden!

—Sí, señor.

—Y vosotros, a vigilar el cambio. No vaya a hacerte un lío.

—A la orden.

Y los tres, dando media vuelta en redondo, se alejaron de la estancia.

Sela y Bill prorrumpieron en carcajadas, ante la seriedad con que habían partido los tres tenientes.

CAPITULO VIII

En la sede de gobierno de la ciudadela imperabagran euforia entre los partidarios de Selgo, el jefe usurpador.

Un alto oficial astronauta solicitó audiencia paracomunicarle:

—Selgo, tu plan ha surtido el efecto apetecido, y todavíaha ido más allá.

—Tal como lo había planeado, no podía fallar. Sonun grupo de atrasados, los seguidores de Sel. Nuestroplaneta ha iniciado la era de esplendor y, bajo mi dirección,todos seréis famosos.

—Sí, Selgo.

—¿Qué has querido decir con que mi plan todavíaha ido más allá?

—El volcán del complejo secreto ha entrado en plenaactividad.

Los ojillos de Selgo brillaron a consecuencia de unamalévola alegría, al decir:

—¡No me digas...! ¿Y cómo ha sido eso?

—La única explicación que cabe es que la cuartaastronave se retrasó en salir al espacio, seguramentepor subsanar algún defecto. Entonces el nivel del combustiblebajaría y, en el mismo cráter, estalló.

—¡Magnífico!

—La terrible explosión originaría un cataclismo y,en consecuencia, el volcán, en estado latente, ha entradode nuevo en actividad.

—¡Maravilloso!... Los elementos de nuestro planetase han encargado de hacer justicia. Todos los que allípudieran encontrarse, a estas horas estarán más quecocidos...

Y soltó unas desagradables carcajadas, celebrando él mismo su ocurrencia, y que los presentes corearon.

—¿Y las otras tres astronaves?

—Esas estallaron en el aire, antes de llegar a enfrentarse con nosotros.

Selgo, con voz rebosante de malsana satisfacción, manifestó:

—Tenéis que reconocer que soy un genio único y que, a mi lado, todos juntos, lograremos cosas grandes.

—Estoy seguro de ello, Selgo.

—¿Habéis tomado testimonio gráfico de todo ello?

—Lo tenemos registrado. Dentro de un momento, lo traerán para proyectarlo, y que te convenzas de mis palabras.

—Ya sabéis mi lema; no bastan las palabras, sino las correspondientes pruebas.

Todos sabían que, en el fondo, esto no era más que desconfianza. El se consideraba el superdotado y los demás, peones que movía a su antojo.

La proyección del filme se realizó y allí las escenas todavía parecieron más reales.

Al aparecer el cráter en actividad, hizo repetir las secuencias dos o tres veces.

Al final, manifestó:

—¡Maravilloso, oficial!... Ahora podremos actuar tranquilos, sin que puedan interferir en nuestros proyectos.

* * *

Aquella noche, cinco sombras surgieron de un paraje solitario, cercano a la ciudad.

Componían el grupo Sela, que les servía de guía; el comandante Bill Steen y los tenientes Randal, Kevin y Eugene.

Se introdujeron en la ciudad y, a los pocos pasos, tuvieron que ocultarse, ante la presencia de una patrulla de vigilancia.

La patrulla la componían cuatro hombres y, desde su escondite, vieron que, cerca de allí, pasaban un muchacho y una muchacha,

seguramente novios.

El que mandaba la patrulla les llamó.

—¡Eh, vosotros! Venid acá.

Los muchachos se aproximaron, con el temor reflejado en sus rostros.

—¿Adonde vais a estas horas por aquí?

El muchacho, sin soltar a la joven del brazo en que la llevaba muy cogida, contestó:

—En busca de un fármaco. Nuestro padre se ha puesto enfermo.

—¿Quién os ha autorizado a transitar?

El joven tragó saliva para contestar:

—Verá, señor. Nuestro padre se ha puesto repentinamente enfermo...

El jefe de la patrulla no le dejó terminar.

—Enseñadme vuestras células.

—Señor, no las tenemos —contestó tímidamente la muchacha.

—¿No os habéis enterado de los edictos? Nadie puede circular si no va provisto de la correspondiente célula por la que acredite su adhesión a nuestro jefe Selgo.

Al que no la lleve, no se le permite ni respirar. ¿Comprendido?

La muchacha, balbuceante, trató de justificar:

—Pero, señor..., ya le hemos dicho la circunstancia por la que hemos tenido que salir...

—No es justificación. Aunque..., ahora que me doy cuenta, eres muy bonita... Si te muestras amable con nosotros, daremos por olvidado el incidente.

Y el jefe de la patrulla la enlazó por el talle, atrayéndola hacia él.

El muchacho, impetuoso pero correcto, le manifestó:

—Señor, le ruego que suelte a mi hermana.

El aludido, lanzando una carcajada, se dirigió a los demás:

—¿Habéis oído...? ¡Dadle su merecido!

Al primer golpe, el muchacho se tambaleó, pero se rehízo y acometió contra el que le había atacado.

Mientras, el jefe de la patrulla tenía a la muchacha en sus brazos, tratando de besarla.

La joven se defendía, pero nada podía hacer ante la fortaleza de aquel individuo.

Hubo un momento en que casi lo logró, pero fue alcanzada de nuevo y agarrada por el cuello de su vestimenta, que quedó rasgada a consecuencia del tirón, quedando al descubierto parte de su pecho.

Los otros compinches se dispusieron a entenderse con el muchacho.

Pero ofuscados como estaban, el uno con la muchacha y los otros con el chico, no se apercibieron de que cuatro sombras se les venían encima y, de certeros golpes, quedaron tendidos en el suelo.

Sela fue a atender a la muchacha, que lloraba asustada y, con solicitud, le cubrió la parte desnuda, consolándola.

—No llores, muchacha. Ya ha pasado todo...

El chico se quedó mirándoles, lleno de admiración, y sólo pudo articular:

—Gracias, señores...

El comandante le contestó:

—No tiene importancia.

Y dirigiéndose a sus compañeros, les dijo:

—Vamos a despojarles de sus uniformes. Nos irán bien. Muchacho, réunete con tu hermana y quien le acompaña. Ocultaros un poco, que ahora volvemos por vosotros.

—Sí, señor.

El muchacho siguió las indicaciones del comandante y se ocultaron en un lugar próximo adonde ellos estaban ocupados en desnudar a la inconsciente patrulla.

Los dejaron en paños menores, y el comandante tuvo la humorada

de marcar con un bolígrafo en el pecho decada uno de aquellos individuos las iniciales E. P. E.

Luego, les dejaron bien atados y amordazados. Sialguno volvió a la conciencia, de nuevo le fue aplicadootro golpe para que siguiera sumido en su sueño.

Momentos después, aparecieron el comandante y lostres tenientes vestidos con el uniforme de aquéllos aquienes habían despojado.

Bill, al presentarse ante Sela, se justificó:

—No nos vienen muy a la medida, pero pueden pasar.

Tomad, por favor, llevad nuestras ropas. Ahora,muchachos, la patrulla de esbirros de Selgo tendrá elhonor de acompañaros en busca de lo que necesitáispara vuestro padre.

El muchacho y la joven estaban verdaderamente conmovidos,y el primero manifestó:

—Señor..., ¿no será peligroso...?

—No tenéis que preocuparos. Supongo que será corrientever patrullas llevando detenidos.

—Por desgracia, demasiado frecuente, señor.

—Entonces, en marcha. Vosotros diréis adónde vamos.

Sela, ayudada por la otra muchacha, llevaban lasropas de los cuatro, y los tres eran escoltados por lapatrulla improvisada.

El comandante preguntó al muchacho:

—¿Está contenta la población por el cambio que seha originado?

El muchacho le miró en actitud preventiva y balbuceó:

—Pues...

Bill captó sus titubeos y le aclaró:

—Desde el momento en que os hemos librado de eseatropello, espero que no tengas duda referente a nuestropensar.

El joven bajó la cabeza, avergonzado, y musitó:

—Perdón, señor... Han sucedido tantas cosas desagradablesen tan poco tiempo, que nos hacen dudar denosotros mismos.

—Te comprendo, muchacho.

Tras estas palabras, el joven pareció recobrar plena confianza al decir:

—Referente a su pregunta, señor, nadie puede estar conforme con este cambio brusco, en que la zozobra es la nota imperante.

—¿Por qué?

—Nadie está seguro en sus propias pertenencias. Los seguidores de Selgo allanan moradas, cogen lo que les apetece, atropellan sin consideración, violan, asesinan... Es horrible, señor...

Tuvo que callarse, puesto que en dirección contraria venía una patrulla auténtica.

A medida que se acercaban, sus miradas se centraron en las muchachas «detenidas», plasmándose en ellos el deseo por tener aquel botín.

Al llegar a su altura, así lo manifestaron.

—Buena caza, ¿eh?

—No están mal...

—Oye, cuando os canséis de ellas, ponedme en turno.

—Para mí, reservadme la rubia...

Y soltando unas risotadas disonantes, se fueron alejando.

Bill no pudo contenerse y exclamó por lo bajo:

—¡Cerdos!

Siguieron un trecho en silencio y los cuatro no perdían detalle de cuanto pudiera haber a su alrededor, para hacerse una idea del plano de la ciudad.

A lo lejos divisaron un grupo formado por cinco hombres, con uniforme diferente.

El muchacho que iba con ellos, y su hermana, cambiaron de color.

El primero se acercó al comandante y le dijo apresuradamente:

—Cuidado con éstos, señor. Pertenecen a los esbirros salados de Selgo. Son los encargados de la guardia personal del usurpador, los que

establecen la guardia en la ciudad y sede de gobierno. Son los más desalmados y mandan sobre los demás.

—Gracias, muchacho, por tu información.

Y siguieron el camino, como si nada.

El joven se vio en la necesidad de aclarar:

—Señor, creo que no me ha entendido. Si se da cuenta de que lleva dos muchachas prisioneras, se las reclamarán y no podrán negarse. Por lo visto, mandan más que las otras patrullas.

—Lo imaginaba, muchacho, y estoy tratando de hallar un lugar discreto para atraerlos y hacerles la misma jugada que a los que os atacaron.

Entonces el joven pareció quedar tranquilo y al ver la sonrisa que esbozaban el comandante y sus compañeros, incluso él también les imitó.

Cuando la distancia que les separaba era suficiente para que se dieran cuenta de que llevaban dos muchachas con ellos, Bill indicó:

—Vamos a torcer a la izquierda e introducirnos en aquel lugar oscuro y solitario.

Así lo hicieron, y es más, Bill se adelantó un poco para que las muchachas quedaran bien visibles de aquellos que venían en dirección contraria.

Los resultados no se hicieron esperar.

Uno de ellos les gritó:

—¡Eh, vosotros! Deteneos.

Bill les indicó:

—No hagáis caso. Sigamos adelante.

En vista de que seguían su camino, el mismo que le había gritado, insistió:

—¿No me habéis oído? ¡Quietos ahí!

Pero ellos ya se habían introducido en la zona que al comandante le interesaba y pudieron oír:

—¡Vamos por ellos! Llevan dos chicas que nos vendrán muy bien.

Y con la seguridad de que la presa se les presentaba fácil, corrieron para alcanzarles.

El que llevaba la voz cantante se encaró con el comandante.

—¿Acaso ignoráis que pertenecemos a la guardia personal del gran jefe Selgo?

Bill, con toda calma, le contestó:

—No, ya lo sabía.

—¿Por qué has desobedecido mi orden?

—¿Tu orden...?

—Sí, la de que os detuvierais.

—¿Para qué?

—Para que nos entregues a las chicas, imbécil.

—Son mis prisioneras.

—Pues ahora lo serán nuestras, idiota.

Sus compinches soltaron la carcajada, y el que había hablado se adelantó para coger a Sela.

Pero sólo pudo dar un paso más, ya que el puño del comandante fue a chocar con su barbilla, para caer como un saco en el suelo.

Esta fue la señal. Los tenientes le secundaron e incluso el muchacho colaboró con ellos.

La lucha fue sorda y corta. Al poco rato, aquellos cinco bravucones yacían, inconscientes, en el suelo.

Bill se les quedó mirando, rascándose la barbilla, y festivamente comunicó su idea a los demás:

—Muchachos, a ascender de categoría. Vamos a quitarles los uniformes y sustituirlos por los que llevamos. De este modo, nos desenvolveremos mejor al tener más ascendiente.

Pusieron manos a la obra y, a poco, aquellos cinco individuos quedaron con sus ropas íntimas, maniatados y amordazados.

Bill, en el pecho de cada uno de ellos, inscribió las iniciales E. P. E.

El muchacho les veía hacer, admirado, y se atrevió a proponer:

—Señor, ¿por qué no deja que me ponga también un uniforme y les ayude?

Bill le contestó:

—Eres demasiado joven y correrías un gran riesgo.

—Yo les estoy agradecido. Tengo amigos que me secundarían.

—Es bueno saber esto y, si os necesitamos, recurriremos a vosotros. Te aseguro que tendré presente tu ofrecimiento.

El muchacho se calló, un poco contrariado, pero no se pudo contener de preguntar:

—Si no es indiscreción por mi parte, ¿podría saberlo que significan las iniciales E. P. E.?

Bill sonrió y le contestó:

—Esto que quede para ti solo. Significa Escuadrón de la Patrulla del Espacio. Pero ya te digo, para ti solo.

—Puede quedar tranquilo, señor.

Hicieron un lío con las ropas que habían sustituido y las ocultaron lo mejor que pudieron.

Más tarde, una nueva patrulla emergió de la oscuridad, pero ahora compuesta por cuatro hombres de laguardia personal alada de Selgo y llevando consigo a dos muchachas prisioneras y a un muchacho.

Por sí mismos pudieron comprobar que el efecto fue contundente. Se cruzaron con otras patrullas de vigilancia, que les saludaron, respetuosas, y sin aludir para nada a la presencia de las chicas.

Llegaron a un establecimiento donde pidieron el medicamento y luego acompañaron a su alojamiento a los hermanos.

Antes de despedirse, tanto la muchacha como el joven quisieron saber sus nombres para expresarles su agradecimiento directamente.

El comandante les contestó:

—Como medida de seguridad, os bastará saber que somos del EPE, y no os conviene decir que nos conocéis, ante posibles represalias. Puede que haga uso de tu ofrecimiento, muchacho. Ya sabrás de

nosotros.

Ambos hermanos se despidieron, conmovidos, del grupo, y la patrulla de falsos alados de la guardia personal de Selgo prosiguió en su correría nocturna.

CAPITULO IX

A la mañana siguiente, la noticia se divulgó entre la población a la velocidad del viento huracanado.

Todos comentaban el hecho de que habían sido hallados varios grupos de patrullas de los seguidores del usurpador de Selgo en paños menores, atados y amordazados, y luciendo en sus pechos las iniciales EPE.

Un hilo de esperanza y admiración hacia los autores de aquel hecho se despertó entre la población.

Los comentarios eran sabrosos y, como suele ocurrir en estos casos, la nota se aumentaba a gusto de cada uno.

Pero el objetivo principal del comandante Bill Steener era que esto llegara a conocimiento de Selgo, y lo logró con creces.

Fue tanta su indignación, que personalmente interrogó a todos los componentes de las patrullas afectadas.

No sacó nada en concreto, puesto que, invariablemente, fueron atacados en la oscuridad y no vieron rostro o indicio alguno que les encauzara para descubrir a los autores que respondían a las siglas EPE.

También se daba la circunstancia de que todas las patrullas afectadas habían cometido abusos de autoridad con la población civil, en la mayoría de los casos con mujeres, y no llegaron a consumar sus intenciones.

Esto hizo que el agradecimiento de las interesadas fuera el mejor propagandista, ponderando el comportamiento de aquel grupo de hombres, que les libró de sus aprehensores.

Al final del interrogatorio, Selgo montó en cólera y los insultos se sucedían hacia aquellos que se dejaron sorprender.

—¡No sólo os habéis puesto en ridículo, sino a mí también, a nuestra causa...! ¡Ejecutadlos inmediatamente!...

Esta fue su sentencia final.

Posteriormente, ordenó un gran despliegue de fuerzas para vigilar,

interrogar y detener a sospechosos.

Los volátiles humanos surcaban el espacio de la población y se apostaban al borde de ventanas de los alojamientos para escuchar sus conversaciones y, a la solamención de lo acaecido, irrumpían en su interior, a las buenas o a la fuerza, para detener a sus moradores.

El pánico se adueñó entre los habitantes de la ciudad, pero todos, invariablemente, estaban agradecidos a los que hicieron escarnio del poder de Selgo.

Tuvieron que habilitar centros especiales para dar cabida a las personas detenidas y los interrogatorios se sucedían sin descanso.

Se estrellaban contra la ignorancia de la gente y sólo unos cuantos quedaron reclusos, por considerarlos más sospechosos.

Los que recibieron el favor, se cuidaron mucho de declarar que habían sido beneficiados por el EPE, y que vieron sus rostros.

Al atardecer, fue informado Selgo de los resultados obtenidos.

El portavoz encargado de anunciárselo, le dijo:

—Sólo queda un grupo reducido de sospechosos. Pero la verdad es que no hemos averiguado nada de nada.

La ira le invadía por los cuatro costados, y exclamó:

—¡Sois una cuadrilla de inútiles! ¡No tenéis cabeza para nada! Haced uso de la intimidación, anunciad a la población que si en el plazo de un día y una noche nadie denuncia quién o quiénes son los componentes de esa organización, serán ejecutados todos los detenidos, y a éstos seguirán otros muchos.

—Así lo haremos, Selgo.

—¡Fuera de mi presencia! ¡Y redoblad la vigilancia!

—Como ordenes.

* * *

En el complejo secreto, tras un merecido descanso, de nuevo se hallaban reunidos el comandante con Selay los tenientes.

Bill tomó la palabra.

—Bien, Sela, gracias a que tú nos has servido deguí, conocemos ya la población. Para esta noche, nuestra atención, se centrará en la misma ciudadela y, si es posible, liberaremos a tu jefe Sel.

—Eso que te propones, Bill, será muy expuesto.

—No te preocupes, Sela. Tú nos dices el lugar donde está confinado y lo demás corre de nuestra cuenta.

El teniente Randal Orr apuntó:

—Yo casi me inclinaría a que efectuáramos otra correría por la ciudad. Me ha gustado eso de atrapar patrullas, dejarles desnudos y quitarles de sus garras a pobres infelices muchachas.

El comandante le apuntó:

—A mí también me gustaría seguir en esa medida de protección, pero hay que pensar que lo más probable es que extremen la vigilancia, por si pueden atraparnos.

Ante el razonamiento de su comandante, todos estuvieron de acuerdo.

—Como he dicho anteriormente, nuestro objetivo inmediato será la ciudadela. Si logramos liberar a Sel, alcanzaremos dos finalidades: la primera, el que un hombre justo quede fuera del alcance del usurpador; y la segunda, el establecer una psicosis de inseguridad entre los más fieles seguidores de Selgo y en él mismo.

Los tenientes elogiaron el plan urdido por Bill, y la única que permaneció en silencio fue Sela.

—¿No te parece bien lo que he dicho, querida?

—¡Oh, sí! Lo que me parece es que es muy peligroso y no quiero que os ocurra algo desagradable, Bill.

—Por la cuenta que nos tiene, sabremos guardarnos. Ya has visto que anoche todo salió bien. ¿Por qué no tiene que suceder otro tanto?

La muchacha, tras meditar un poco las palabras del comandante, se notó en ella nuevos bríos, al manifestar:

—Tienes razón, Bill. ¿Por qué no ha de salir bien?

Se dedicaron largo rato a estudiar el plano que Sela había trazado

sobre la ciudadela: estancias, pasillos, cuerpo de guardia, celdas de prisioneros...

Después que todo lo tuvieron ultimado, se dirigieron al pasadizo secreto, en el que habían instalado un vehículo para que los transportara con mayor rapidez, ya que la distancia era considerable.

Los obstáculos que lo interceptaban, una vez salvados, volvían a su posición primitiva y, de este modo, llegaron al pie de los cinco escalones.

Ascendieron éstos y el mismo Bill, a indicación de Sela, presionó el resorte que les franqueó el último obstáculo y, de lleno, se hallaron en la residencia del gobierno, ocupada ahora por el usurpador.

A aquellas horas de la noche, todo era quietud en aquel lugar, contrastando enormemente con la actividad que imperaba durante el día.

Bill oteó los alrededores. Por el momento, no se veía a nadie y cogiendo de la mano a Sela, en voz baja le susurró:

—Indícanos el resorte para que se abra el muro.

Ella señaló uno de los adornos que había en la pared, diciendo:

—Este es.

—Muy bien, querida.

Y luego, dirigiéndose a los tenientes, les preguntó:

—¿Os habéis fijado bien?

Los tres asintieron con correspondientes movimientos de cabeza.

—Y ahora, Sela, tú nos esperarás en el pasadizo.

—No, yo quiero ir con vosotros.

—Sabemos ya el camino y, de surgir algún contratiempo, tu presencia sería motivo de una preocupación más.

—Es que no estaré tranquila.

—Pues tienes que hacer acopio de paciencia y estarlo. No debes correr riesgos innecesarios.

—Está bien, me quedaré. Pero no tardéis.

—Procuraremos ser lo más rápidos posibles.

Y los cuatro, con el uniforme de la guardia personalalada de Selgo, ya hechos a la medida de cada uno de ellos, tomando las precauciones pertinentes, se encaminaron hacia el pasillo de la derecha, según la salida del muro.

Al final hallaron una escalera y, silenciosos, fueron descendiendo por ella.

Llegaron a la planta inferior y, tras un corto pasillo, encontraron otra escalera, que procedieron a bajar.

Hasta ahora todo se desarrollaba sin ningún tropiezo.

Llegaron a la otra planta, desembocando en un pasillo mucho más amplio y, al torcer el mismo, debía hallarse el puesto de control, de donde se abrían y cerraban celdas, así como dispositivos de seguridad.

Los tres tenientes se quedaron rezagados y Bill se adelantó, con pasos firmes, con la seguridad de quien sabe lo que pisa.

El encargado del control se hallaba medio sumido en sueños y se sobresaltó al oír pasos.

Pero al distinguir el uniforme de la guardia de Selgo, se tranquilizó.

Con voz autoritaria, Bill le ordenó:

—Abre la puerta de acceso. Inspección especial.

El aludido, sin una palabra, se volvió hacia un tablero que tenía a su derecha y cuando Bill creyó que iba a pulsar el botón correspondiente, se encontró con que el tal individuo le estaba encañonando.

Le dijo:

—No tan aprisa, amigo. Antes tengo que comprobarlo.

Bill no se inmutó. Se quedó mirando tras él y, pausadamente, le advirtió:

—Yo de ti no haría tal cosa, si deseas seguir existiendo. Moléstate en mirar a tu espalda y tendrás la explicación.

Se volvió rápidamente, sin dejar de apuntarle, pero esta fracción de segundo fue suficiente para que el comandante le propinara un

patadón a la mano armada y, acto seguido, le aplicó dos golpes que le sumieron en la inconsciencia.

Emitió un tenue silbido y los tres tenientes aparecieron, mientras él estaba maniatando y amordazando al encargado del control.

—Tú, Eugene, quédate aquí para avisarnos si viene alguien. Nosotros iremos dentro, por si hay alguien más de vigilancia. Cuando te dé la señal, pulsas los dispositivos de apertura de celdas.

—De acuerdo.

El teniente Eugene Evans ocultó al maniatado y desvanecido al encargado del control en un rincón oscuro, para ocupar él su puesto.

El comandante y los tenientes Randal y Kevin franquearon la abierta puerta enrejada y, a su izquierda, según iban andando, había cinco puertas más pequeñas.

Frente a la quinta habían cuatro hombres con equipo completo de los enjambres humanos.

No sospecharon de los visitantes, puesto que les fue abierta la puerta de seguridad y no pudieron ver lo que le había sucedido al encargado del control.

Por otra parte, la iluminación dejaba mucho que desear, por lo tanto, a duras penas se podían distinguir los rostros.

El comandante, dirigiéndose a la mirilla de la quinta puerta, sólo dijo:

—Inspección especial.

Los guardianes se hicieron a un lado, y la sorpresa fue enorme para ellos, puesto que se vieron atacados de sorpresa por los visitantes.

No obstante, eran cuatro contra tres, y se las vieron y se las desearon para reducirlos.

Estaban maniatando a tres de ellos, cuando el cuarto, inesperadamente, emprendió el vuelo.

El comandante, que se dio cuenta de ello, jugándose el todo por el todo, gritó:

—¡Eugene, cierra la reja!

Eugene así lo hizo y la puerta se cerró en un ruidoseco.

El volátil humano no tuvo tiempo de frenar y seestrelló contra los barrotes de la misma, cayendo al sueloinconsciente.

Se apresuraron a ir en su busca. Estaba conmocionado,puesto que el golpe había sido tremendo.

Lo ataron y amordazaron como a los demás y Billdijo:

—Buen trabajo, Eugene. Ya puedes abrir las celdasy la reja.

—De acuerdo, comandante.

Así lo hizo. Como era de suponer, puesto que allíestaba la guardia, en la quinta celda se hallaba confinadoel jefe Sel.

Bill entró y el jefe Sel, sin reconocerle, se manteníaallí sentado, digno en su porte, imperturbable ante lapresencia del enemigo.

Hasta que no se dio a conocer el que irrumpía en sucelda, no cambió de actitud.

—Señor, soy el comandante Steen. Hemos venidoa liberarte.

Entonces se levantó y, emocionado, le abrazó, al tiempoque le decía:

—Gracias, muchas gracias... Hice bien en confiar convosotros; es más, albergaba la esperanza de que vendríáispor mí.

—Pues has acertado jefe Sel. Ahora si nos lo permites,ultimaremos unos detalles y abandonaremos estoslóbregos lugares.

—Como queráis, y si en algo puedo ayudaros...

—No hace falta, jefe. Sólo vamos a poner a buenrecaudo a estos infelices.

Fueron trasladando a los guardianes a la celda queocupaba momentos antes el jefe Sel.

—Kevin, dile a Randal que traiga al otro. Aunque...

—¿Qué piensas, comandante?

—Vamos a colocar uno en cada celda. Hay suficiente para los cinco.

Así lo hicieron y Kevin reclamó:

—Comandante, ¿me permites que inscriba yo las iniciales?

—De acuerdo, puedes hacerlo.

Kevin fue desposeyéndolos de las escafandras que llevaban los enjambres humanos y en su frente fue marcando EPE, iniciales que les sería difícil quitarse, puesto que resultaban indelebles.

Cuando el jefe Sel vio aquello, sonrió satisfecho y musitó:

—Ya imaginaba que esto del EPE era obra vuestra... Habéis levantado una polvareda, comandante. Hasta mí han llegado vuestras hazañas, a través de la conversación de los guardianes.

El comandante y los tenientes se limitaron a sonreír.

Cuando ya estuvieron alojados en sus respectivas celdas y debidamente marcados, accionaron los dispositivos de cierre e iniciaron el camino de regreso, hacia el pasadizo secreto.

Estaban ya a punto de alcanzarlo, cuando oyeron pasos y tuvieron que ocultarse precipitadamente en la primera puerta que encontraron.

Aquella estancia era la sala de reunión del gobierno, por lo tanto, desierta a aquellas horas.

Bill dejó una rendija para saber quién pudiera ser y vio a una mujer joven, completamente transfigurada por el dolor que reflejaba su rostro.

Cuando pasó junto a la puerta, a duras penas la pudo reconocer. Aquella mujer era nada menos que Selene, y de su hermosura apenas quedaba nada. Era una piltrafa humana.

Una vez se hubo alejado y el camino quedara expedito, Bill hizo una seña para que continuaran hacia el pasadizo.

CAPITULO X

Sela se hallaba preocupada por su tardanza, pero alverles aparecer acompañados de su jefe, su alegría fue enorme.

Luego de pasar los comprensibles momentos de emoción, el comandante indicó a la muchacha:

—Querida, llévate al jefe Sel e instálalo en el complejo secreto. Más tarde vuelve por nosotros, pero nosalgas de aquí.

—¿Es que os vais a quedar?

—Sí, todavía nos queda algo por hacer.

—Bill, si llegan a descubrir que habéis liberado al jefe y os encuentran todavía por aquí, estáis perdidos. Desistid por ahora, de vuestros propósitos.

—No, querida. Precisamente, vamos a correr menos riesgo en la actualidad, puesto que ignoran nuestra presencia. Posteriormente, extremarán su vigilancia.

—¿Es que siempre te has de salir con la tuya, testarudo comandante?

—Por ahora sí, hermosa mujer.

Eugene abrió la boca para decir algo. Pero se calló.

Esto no pasó inadvertido a Bill, quien preguntó:

—¿Qué ibas a decir?

—Nada, nada... Es una ocurrencia que me ha venido a la mente.

—Pues anda, dila y así sabremos lo que es.

Eugene sonrió, manifestando a continuación:

—Pensaba que, posteriormente, ya veremos quién será el que se salga con la suya...

Hubieron risitas significativas, tras las palabras del teniente.

Bill no se pudo contener de preguntarle:

—¿Acaso tienes experiencia matrimonial?

—En cierto modo, sí.

Sus compañeros quedaron admirados, y Kevin quiso saber:

—¿Y qué se siente cuando te ha atrapado una mujer?

—En realidad, a mí no me ha atrapado ninguna, ni lo logrará.

—¡Ah, bueno!... Ya me extrañaba a mí... Entonces, es de la experiencia es un simple farol, ¿no?

—Lo sé por algunos amigos casados. Antes, el que mandaba era él; después..., es él quien hace lo que ella manda.

—¡Y lo dulce que resulta obedecer a una deliciosa tirana...!—
suspiró con añoranza el teniente Randal, pensando en su novia.

Rieron su cómica expresión, y el comandante apremió:

—Bueno, basta de habladurías, y manos a la obra.

Se separaron. Sela se fue a cumplir las instrucciones que le había dado el comandante, y éste, junto con los tenientes, de nuevo vagaron por la sede del Gobierno y lugar de residencia del usurpador.

Sus pasos se encaminaron hacia el lugar donde guardaban los equipos de los enjambres humanos.

En la puerta de aquella estancia-almacén había un centinela. El reducirlo fue cuestión de segundos, siendo reemplazado en su puesto por el teniente Kevin.

El comandante y los demás se introdujeron en el interior, y de sus bolsillos extrajeron unos frascos, que fueron derramando sobre los equipos que permitían volar.

Se trataba de un producto concentrado, de alto poder corrosivo, y una simple gota bastaba para reducir a una masa informe el material más resistente.

Por lo tanto, tenían que ir con mucho cuidado en la manipulación de aquel destructivo líquido, ya que el menor contacto representaba una muerte segura.

Una vez terminaron su tarea, y marcado al centinela, su objetivo inmediato fue el departamento de fabricación y reparación de equipos.

Para llegar hasta allí tuvieron que extremar las precauciones, puesto que tenían que pasar próximos al pabellón destinado a la guardia y alojamiento de la tropa personal de Selgo.

Bill no tenía seguridad de que se hallara emplazado allí, pero, por los informes facilitados por Sela, dedujo que si aquello anteriormente era un taller bien pertrechado, lo lógico es que hicieran uso del mismo.

No se equivocó en sus deducciones. Tras anular los sistemas de alarma, forzaron la entrada y procedieron a hacer la misma operación que en el almacén de equipos.

Tanto en el almacén de equipos, como en el taller, dejaron marcadas, en lugar bien visible, las iniciales del Escuadrón de la Patrulla del Espacio.

Regresaron a su punto de partida sin tropiezo alguno, y ahora fueron a visitar el despacho del usurpador.

En lugares disimulados, colocaron tres emisores receptores de alta sensibilidad y, debido a su reducido tamaño, difíciles de localizar.

Precisamente el comandante, al pasar frente a la mesa del usurpador, vio la proclama en que conminaba al pueblo y a los detenidos que, de no dar una información positiva de quiénes eran los componentes del EPE, serían ejecutados los sospechosos más directos.

El comandante Bill Steen se sentó tranquilamente y escribió debajo de la proclama:

«Como lleves a la práctica esto que has anunciado, por cada ejecutado lo serán diez de tus huesos. Hasta ahora nos hemos limitado a marcarlos. Si cumples tu amenaza, serán eliminados paulatinamente. Habrás comprobado, y todavía te convencerás más de ello, que estamos en todas partes y te podemos alcanzar en el momento que consideremos oportuno.

»EPE.»

Cuando terminaron su tarea, los tenientes se acercaron a la mesa donde estaba el comandante.

Este, en silencio, les dio a leer lo que allí estaba escrito.

Les faltaba poco por terminar de enterarse, cuando les sorprendió el sonido de una estridente alarma.

Bill, poniéndose en pie de un salto, ordenó:

—¡Al pasadizo!

Los tenientes salieron disparados y, al hacerlo el comandante, tuvo la mala fortuna de tropezar con el asiento y darse con la cabeza en la esquina de un mueble.

Por unos segundos quedó conmovido. Al reaccionar salió de la estancia para dirigirse al pasadizo, y ya en el pasillo pudo oír pasos precipitados, que se iban acercando.

El teniente Eugene Evans ya volvía por su comandante para saber lo que le había ocurrido.

Bill, al verle, le hizo una seña imperativa para que regresara al pasadizo y lo cerrara.

Eugene dudó una fracción, pero, al escuchar los pasos, comprendió que no tenía más remedio que obedecer.

Antes de cerrar, todavía alcanzó a ver al comandante, que se introducía en una estancia, tras abrir la puerta.

El pasillo se pobló de voces, y tanto el comandante como los tenientes pudieron oír gritos, no exentos de terror:

—¡El EPE está aquí!... ¡Está aquí!...

El pasillo era un continuo cruzar de gente, dando voces y órdenes.

Era imposible salir, en aquellos momentos, sin llamarla atención.

* * *

Bill Steen estaba con el oído pegado a la puerta, cuando le sorprendió una voz a sus espaldas, que manifestó, en tono irónico:

—¡Vaya!... Parece que el aguerrido alado de Selgo, tiene miedo del fantasma EPE...

Bill, lentamente, se fue volviendo. En la penumbra de aquel recinto vio sobre el lecho a la mujer que había hablado.

Se fue acercando, y la mujer preguntó:

—¿Quién eres, «gran valiente»?

—No te importa quien pueda ser, y te advierto quebajes la voz, si quieres seguir con vida. Me repugnaríatener que recurrir a ese extremo con una mujer, pero laelección no es dudosa.

Súbitamente la mujer se incorporó en el lecho, y Bill,temiendo que fuera a dar la alarma, se lanzó hacia ella,tapándole la boca, y susurrándole:

—No amenazo en vano.

Ella movió la cabeza negativamente y, con la manoque tenía libre, acarició la cabeza y el rostro de quienle tapaba la boca.

Bill quedó extrañado por la actitud de la mujer, queproseguía en sus caricias.

Le aflojó la boca, y entonces la mujer exclamó bajito:

—¡Oh, comandante!... Precisamente, tenías que ser tú.

—¿Sabes quién soy? ¿Quién eres?

—Te he reconocido por la voz. Nunca la olvidaré...Soy Selinea. ¿Te acuerdas de mí?

Bill guardó silencio.

Ella manifestó, apesadumbrada por su mutismo:

—Sí, ya comprendo que todavía te acuerdas de mí,pero me guardas rencor, por encontrarme aquí... ¿Eseso?

—Puede —fue la contestación escueta del hombre.

—En cambio, yo me alegro mucho de verte. Te creía...

—¿Muerto?

La mujer se estremeció, y le besó en los labios.

Bill se apartó bruscamente de ella, y tuvo que contenersepara no alzar la voz al preguntarle:

—¿Es esto el preludio de una nueva traición?

Ella se dejó caer abatida sobre el lecho, y musitó:

—Ahora no, es la manifestación de un sincero afecto.

—¡No me hagas reír!... ¿Sincero afecto tú, que no has dudado en mandarme a la muerte?

—Bastante arrepentida estoy de ello, y con creces he pagado mi ligereza... Los remordimientos no me dejan vivir en paz...

Bill captó que aquellas palabras estaban presididas por la sinceridad, y el furor que sintió en un principio fue reemplazado por la compasión.

—No me hagas caso. Estoy un poco nervioso...

—Eres bueno, comandante. Lo presentí desde el primer momento que te vi. Tienes derecho a despreciarme. De cuanto hayas pensado de mí, estás en lo cierto.

Tras una pausa, Bill le preguntó, sin que en su voz hubiera reproche alguno:

—¿Y por qué has hecho esto, Selinea?

—Esa misma pregunta me la he formulado muchas veces. Ahora que no tiene remedio, lo sé... Por una ambición desmedida, sin parar en medios por conseguirla... hasta en esto purgo mi justo castigo.

Bill se abstuvo de preguntarle, para no remover sudor, pero fue ella la que siguió:

—Selgo me engatusó con promesas de poder, placeres y riquezas... Le hice caso, y me presté a averiguar el emplazamiento del complejo secreto y colaborar en la destrucción de las naves espaciales...

Hizo una pausa para humedecer sus resacos labios, prosiguiendo:

—Fui la favorita de Selgo, los primeros instantes. Pronto me ha apartado de su lado, sustituyéndome por otra, y haciéndome sufrir toda clase de vejaciones... Ha conseguido lo que quería, y ahora no le hago falta...

Bill permanecía en silencio, permitiendo su desahogo.

—Te advierto que, de todos modos, le hubiera dejado. Es perverso, malvado, ambicioso... En él se conjuraron todos los vicios... Cuando me enteré de lo que había sucedido a vosotros y al complejo secreto, el remordimiento se apoderó de mí, sin dejarme descansar un instante...

Y comenzó a llorar, de forma desconsoladora.

El comandante la acarició, tratando de animarla:

—Vamos, vamos... Sosiégate...

Repentinamente, ella preguntó, llena de ansiedad:

—¿De verdad que no os ha sucedido nada?

Bill se calló; no sabía qué contestarle, puesto que laduda de nuevo se hizo patente en él.

Selinea se apercibió de ello, y continuó, apesadumbrada:

—No me lo digas... Ya sé que no soy digna de confianza,pero de verdad te digo que me alegraría muchoque nadie haya sufrido daño. Sería un descanso grandeel librarme de remordimientos, aunque sea en parte.

El comandante volvió a sentir compasión por aquellapobre desgraciada y, sin extenderse en detalles, solamentele dijo:

—Por esta parte, queda tranquila.

—¡Cuánto me alegran tus palabras, comandante!...Ellos creen firmemente que habéis desaparecido.

Bill se abstuvo de comentarios, y ella captó los pensamientosdel hombre.

—Puedes estar tranquilo, no diré una palabra de ello.

La creyó sincera y manifestó:

—Te creo, Selinea.

En aquellos momentos, a través de la puerta, oyeronvoces airadas, y una destacando sobre las demás:

—¡Imbéciles, inútiles! Registradlo todo, de aquí a nopueden salir fácilmente. ¡Rápido!...

Selinea aclaró:

—Ese es Selgo. Está desesperado y muerto de miedopor la presencia de una organización llamada EPE. Enel fondo no es más que un cobarde.

Las voces se aproximaron más a la puerta de la estanciade Selinea, y ésta, temiendo que aparecieran porallí, le dijo:

—Aprisa, comandante. Acuéstate connmigo en el lecho.

No hubo tiempo a titubeos. Vestido como estaba, se tapó con la ropa de la cama, y ambos permanecieron abrazados.

La puerta se abrió bruscamente, y un haz luminoso alumbró la estancia en penumbra.

Selinea medio se incorporó, y gritó iracunda:

—¡Fuera de aquí, perros!... ¡Fuera!

Sus palabras produjeron un efecto contundente, y la puerta fue cerrada inmediatamente.

El comandante, levantándose del lecho, musitó:

—Gracias, Selinea.

—Es lo menos que podía hacer, luego del daño que he producido.

—Te estaré eternamente agradecido.

—Son las mejores palabras que haya podido escuchar, comandante.

La muchacha comprendió que Bill corría un gran peligro, y le preguntó:

—¿Cuentas con algún medio para salir de aquí? Te puedo ayudar.

—Sí, lo tengo...

—No me digas cuál, aunque... hazme saber si has salido con bien. ¿Cuándo quieres irte?

—En cuanto se haya despejado el pasillo.

—Espera, ahora no se oye a nadie. Saldré para averiguarlo que pasa y si hay alguien vigilando. Quédate aquí. Y... un ruego: no me mires a la cara cuando haya más luz. ¿Prometido?

—Sí.

Bill se volvió de espaldas cuando ella salió. No le preguntó el porqué de aquello, puesto que de sobra sabía cuál era la causa, y puesto que ella ignoraba que ya la había visto, al menos consideró fácil concederle esa satisfacción.

No tardó mucho en regresar, y notó en ella una alegría contenida, anunciándole:

—Comandante, han sucedido muchas cosas, y andantodos locos de miedo. Los del EPE han estado aquí, ySelgo ya no se encuentra seguro. Ahora están todos enel almacén de material, que ha quedado destruido. Tenmucho cuidado, han redoblado la vigilancia en las salidasde la ciudadela.

—Gracias, Selinea. Yo he cumplido la promesa que me has solicitado, sin pedirte ninguna explicación. Ahora,quiero que tú hagas lo mismo, que me prometas, encuanto me haya ido de esta habitación, no abrir lapuerta hasta pasados cinco minutos.

—Prometido.

—Adiós, Selinea.

—Suerte, comandante.

Y la joven se le abrazó y besó, con la desesperaciónde una definitiva despedida.

CAPITULO XI

Bill, antes de abandonar la estancia de Selinea, abrióla puerta cauteloso, oteó el exterior y, haciendo un signo con la mano a la joven, salió al pasillo hacia la izquierda.

Pocos pasos le separaban del pasadizo secreto. Antes de presionar el resorte, miró a la puerta de Selinea. Permanecía cerrada.

Sin dilación accionó el sistema de apertura y, acto seguido, se introdujo en el hueco del muro.

Sela y los tenientes Randal, Kevin y Eugene dieron un salto al ver aparecer al comandante.

La muchacha corrió a sus brazos, manifestándole:

—¡Oh, Bill! ¡Qué zozobra me has hecho pasar!

Transcurridos los primeros momentos, en que hubo intercambio de caricias entre ambos, Eugene manifestó:

—Si llegas a tardar un poco más, ya teníamos decidido ir a por ti.

—Pues hubierais cometido una barbaridad. Por ahí andan todos como locos y, según he sabido, muertos de miedo, empezando por el usurpador.

—¡Vaya, hombre!... Hasta te has permitido informarte, y nosotros aquí esperando, temiendo por tu integridad física.

—Estás en un error, Randal. He sido informado.

—¡Atiza!... ¿Y por quién?

—No la conocéis, supongo.

—¿Te das cuenta de esto, Sela? Dice «la», luego hay una mujer por medio.

Intervino Eugene:

—Desde luego Randal eres un pedazo de alcornoque en cuanto a discreción y delicadeza...

El aludido se quedó cortado y la misma Sela acusó las palabras de

uno y otro.

Pero Bill esbozó una sonrisa y, cogiendo a la muchacha por los hombros, la miró a los ojos, diciéndole:

—Tú la conoces, se trata de Selinea.

Sela abrió mucho los ojos y preguntó, indignada:

—¿Está con ellos?

—En efecto, y no tendría que extrañarte, puesto que era la única desaparecida.

—Por algo sentía cierta antipatía por esa... chica.

—Pues has de sentir compasión y, en cierto modo, agradecimiento.

—¿Agradecimiento, dices? ¿Por qué?

—Porque, gracias a ella, estoy de nuevo con vosotros.

—¡Oh!

—No es sombra de lo que fue; los remordimientos han hecho presa en su belleza, y está sinceramente arrepentida de cuanto ha hecho por el traidor Selgo, al que odia con toda su alma.

A continuación, contó lo sucedido y las informaciones que le facilitó, silenciando, naturalmente, lo de la cama, para no herir la susceptibilidad de Sela.

El corazón de la muchacha se enterneció, preguntándole:

—¿Y por qué no se ha venido con nosotros?

—Ella, seguramente por un resto de dignidad, no me lo ha pedido; y por lo de la coquetería femenina, estoy seguro de que no quiere estar al lado de quienes han conocido su belleza más o menos llamativa. Te repito que me costó reconocerla, por lo ajada que está.

Sela le escuchó con atención, para luego manifestar:

—En fin, lo esencial es que estás de nuevo con nosotros, y ya podemos marcharnos. ¿No os parece?

Fue Kevin quien respondió:

—Claro que sí. Ya te decía yo, Sela, que el comandante volvería, aunque... te voy a confesar una cosa...

—¿El qué, Kevin?

—Que en el fondo, albergaba la esperanza de que nolo hiciera, y entonces quedarme yo contigo.

Bill exclamó, divertido:

—¡Vaya con el nene!... No es tonto, no... ¡Al vehículo en seguida, si no quieres que te aplique un correctivo, por tu manifiesta insolencia!

—Al momento, señor.

* * *

Selgo estaba desesperado ante las noticias que le iban dando:

—El EPE se ha llevado al prisionero, anulando a los guardianes.

—El EPE ha destruido el material de los alados y el taller de reparación y fabricación.

—En la ciudadela no se ha encontrado a nadie extraño...

Montó en cólera y estalló:

—¡Maldito EPE y malditos vosotros, banda de inútiles!... ¡Buscad por todas partes! De la ciudadela no han podido salir, a no ser que... ¿Habéis notado si falta algún equipo de los alados?

—Desgraciadamente no se puede precisar. Todos han sido destruidos, salvo los que estaban en servicio.

Selgo estaba en su despacho, por lo que toda la conversación era escuchada por el comandante y todos los demás, gracias a los emisores que habían instalado.

—Entonces... no tenemos seguridad sobre si han utilizado algún equipo. De todos modos, seguid buscando, interrogad a los imbéciles que se han dejado sorprender, y borrad de ellos esas marcas, aunque sea preciso despellejarles...

—Como órdenes.

—Esta nueva afrenta no va a quedar impune. ¡Haced los preparativos para ejecutar a los prisioneros civiles! Esto servirá de escarmiento a la población, que no apoyará esa maldita banda.

En este momento, Bill cogió el micrófono y, con vozrecia, le advirtió:

—Selgo, antes de tomar esa determinación, mira loque tienes escrito debajo de la proclama que hay sobretu mesa.

Selgo, asustado por la inesperada voz, exclamó:

—¡Eh!... ¿Quién hay aquí?

Bill no le contestó, y todos los que estaban a laescucha sonrieron, imaginándose la escena.

En efecto, Selgo se volvió como un loco hacia unlado y otro, puesto que, por la instalación de los altavoces,no podía determinar de dónde procedía la voz.

Se precipitó sobre la mesa, y leyó lo que el comandantehabía escrito.

Rectificó, con palabras titubeantes:

—No..., no ejecutéis a nadie...

—Pero, Selgo... Como has dicho muy bien, esto serviríade escarmiento...

Le cortó, furioso:

—¡He dicho que no!... ¿O acaso quieres ser tú el ejecutado?

—¡Oh, no! Yo sólo velo por el bien de tu causa.

—Toma y entérate de lo que ahí dicen... Y les creomuy capaces de cumplirlo...

El hombre aquél, que constituía el brazo derecho deSelgo, siguió las indicaciones de su jefe.

Mientras, Selgo miraba por todas partes para descubrirde dónde había salido aquella voz.

El comandante Bill Steen había previsto esta eventualidad,puesto que era lógico que sospechara la presenciade un altavoz.

Por esto uno de ellos, aunque escondido, era más fácilde descubrir, y eso permitiría el utilizar los otros, encaso necesario.

Al cabo de un rato, las palabras de Selgo confirmaronque el comandante había estado muy acertado con sutreta.

—¡Ajajá, aquí lo tengo!... Mira, el emisor receptor y su altavoz... Se han creído muy listos, éstos del EPE...

—¿Así..., eso que has dicho de las ejecuciones...?

—Olvida lo que he dicho anteriormente. Ha sido para despistarles. Haces los preparativos para mañana. Que salga inmediatamente una astronave para que traiga, desde el campamento, los equipos necesarios para la guardia alada. Veremos ahora quién podrá más... y si pueden evitar la ejecución.

* * *

El comandante miró al jefe Sel que, con la joven y los tenientes, permanecía a la escucha.

Le preguntó:

—¿Conoces dónde tienen instalado el campamento?

—Tenemos conocimiento que se halla en esta zona. Y trazó un círculo en un mapa del planeta Selnagro.

Bill contempló aquel trazo y, haciendo un cálculo mental, manifestó:

—Bueno, eso es una zona muy amplia.

—Lo siento, comandante, pero no poseemos datos concretos.

—Lástima... De saber su emplazamiento exacto, efectuaríamos una incursión para destruirlo. Tal como están las cosas, no nos queda otra solución que seguir a la astronave.

—¿Así, vamos a volar?

—No, Kevin. Voy a hacerlo yo solo. Llamaríamos demasiada atención. Uno puede pasar más inadvertido que cuatro.

—Como dispongas.

—Vosotros, junto con el jefe y Sela, permaneceréis a la escucha y en el servicio de vigilancia, estando preparados por si preciso de vuestro apoyo.

Bill se dirigió al hangar, acompañado de Sela. Se equipó

convenientemente y, antes de subir a la astronave, Sela le recomendó:

—Ten cuidado, Bill, ya no podría vivir sin ti.

—Ni yo, querida. Volveré... Y no me pongas esa carita; de lo contrario, me quedo sin volar.

—Sería lo mejor para mi tranquilidad... si no estuviera en juego la felicidad de mi pueblo.

—Has dicho bien, querida. Luego, con la satisfacción del deber cumplido, nuestra dicha será mayor.

—Eso espero y deseo con toda mi alma.

—Y así será. Puedes estar segura.

Tras un prolongado beso, el comandante se introdujo en la astronave que, por medios mecánicos, fue trasladada al cráter de salida.

Accionó el anillo emisor, movió su palanca hacia la derecha y la salida quedó expedita.

Acto seguido conectó los impulsores y la astronave se fue elevando, sin desviarse un ápice de la vertical.

Al momento, estaba fuera del cráter. Cambió de posición la palanca del anillo emisor, en esta ocasión hacia la izquierda, y de nuevo el cráter quedó interceptado por su lava incandescente disimulada.

Al tiempo que iba adquiriendo altura vertiginosamente, el rumbo fijado era el norte del planeta, y cuando llegó a la altura de la ciudad fue describiendo un amplio círculo, en espera de detectar a la astronave que tenía que salir hacia el campamento.

No tardaron, los sensibles aparatos que llevaba a bordo, en anunciarle que ya estaba en el espacio lo que esperaba.

Por precaución, adquirió más altura, y posteriormente le fue fácil la tarea en seguir a la astronave que le interesaba.

Consultó el mapa. En efecto, la dirección que seguía era la de la amplia zona que señaló el jefe Sel.

No le quedó más remedio que esperar, y que ellos mismos le condujeran al escondrijo.

Por el tiempo que llevaba volando, llegó a la conclusión de que aquello estaba más lejos de lo que creyó en un principio.

En ello estaba pensando cuando observó que la astronave iba descendiendo.

Guardando la distancia de seguridad que se había fijado con anterioridad, fue bajando, y en la pantalla, por un sistema de ampliación de imagen, contemplaba la panorámica como si anduviera por sus parajes.

No tardó en descubrir, en uno de los cortados de aquellas agrestes montañas, una plataforma y, muy bien disimuladas, unas edificaciones.

Hacia la plataforma se dirigió la astronave perseguida y, una vez se hubo posado en ella, inmediatamente hubo gran actividad.

Se transportaron bultos, que fueron depositados en la astronave y, segundos después, se elevaba con la carga a bordo.

El comandante Bill Steen tomó buena nota del emplazamiento, y a su vez se elevó más.

Para sus planes, no le convenía atacar a la nave que transportaba los equipos en las cercanías del campamento, para que los que permanecían allí no dieran la alarma.

En la sorpresa cifraba todo su éxito.

Cuando lo consideró oportuno, como una flecha se descolgó desde las alturas y, teniendo ya enfocada a la astronave de Selgo, puso en acción todos los elementos destructores que llevaba a bordo.

El resultado fue contundente. De la nave que transportaba los equipos de repuesto surgió una llamarada para, a continuación, estallar en mil pedazos, quedando completamente desintegrada.

Luego efectuó un giro para dirigirse donde estaba emplazado el campamento.

En el ataque al mismo no tuvo tanta suerte como con la astronave, puesto que solicitaron su identificación al detectar su presencia.

En picado, descendió cuanto pudo y, en vuelo rasante, mandó un par de proyectiles.

Las defensas comenzaron a actuar, y aquello era un infierno de explosiones alrededor de su astronave.

Gracias a la rapidez de la misma pudo salir de aquella zona peligrosa.

Hizo un giro, se puso en posición de nuevo y, desafiandola mortífera oposición que le hacían, se fue aproximando más y más, a toda la velocidad que le era posible.

Una vez estuvo seguro de no fallar, pulsó el dispositivo general de cuantos elementos destructivos llevaba a bordo, y bruscamente, casi en ángulo recto, tomó de nuevo altura.

Inmediatamente, una terrible explosión, cuya onda expansiva todavía acusó su astronave, se dejó oír en el espacio...

Cuando observó de nuevo aquel lugar, de la plataforma y los edificios que momentos antes allí estaban, no quedaba nada; todo se hallaba sepultado por gran cantidad de rocas, que se desprendieron y todavía se desprendían, a consecuencia de la potencia explosiva.

El comandante Bill Steen, satisfecho de los resultados obtenidos, enfiló su nave hacia el complejo secreto.

CAPITULO XII

No tan satisfecho estaba Selgo, quien maldecía al EPE por la interferencia en sus asuntos.

Desde los primeros indicios de su aparición, no paraba de causarle problemas, a cuál peor.

Las investigaciones que mandó realizar para hallar al jefe Sel, resultaron infructuosas.

Mandó ejecutar a los de su guardia personal alada, y se encontró con el hecho insólito de que jefes y guardiasse negaron a efectuarlo, puesto que pensaban que igual hubieran podido ser uno de ellos, que estuviera de guardia custodiando al preso o a cargo de los demás puestos.

Convocó a todos en el patio de la ciudadela, incluidos los que había mandado ejecutar, y les anunció:

—Os habéis atrevido a contradecir mis órdenes de castigar a los culpables por negligencia. Pues bien, yo mismo les ejecutaré, y cada uno de diez de vosotros sufrirá la misma suerte. Así sabréis quién es Selgo.

A su alcance tenía un tablero de mando. Pulsó unos botones, accionó acto seguido una palanca, y varios cuerpos de los reunidos en el patio se volvieron de un rojo vivo, para luego desaparecer, desintegrados.

Un silencio sepulcral siguió a este hecho, roto sólo por el enfurecido Selgo, quien lanzó el reto:

—Y ahora, el que se atreva a desobedecer mis órdenes, ¡que lo diga!...

Naturalmente, nadie dijo una palabra, aunque si Selgo hubiera estado cerca de ellos, en vez del lugar apartado en que se hallaba, en sus ojos, invariablemente, leería la reprobación por lo que terminaba de hacer.

Disolvió la concentración, mandando a cada uno a sus quehaceres.

Selgo se volvió a su despacho, y allí se encontró con Selinea.

—¿Qué haces tú aquí? Te he dicho mil veces que note quiero ver. Estás acabada y me das asco.

—Mucho has cambiado, Selgo, pero tu reinado está en el ocaso.

—¿Quién eres tú para permitirte predicciones?

—Alguien que se ha arrepentido de seguir tus pasos y que se va a dar el gustazo de señalar tus errores y tu fin.

—Te sientes despechada porque ya no eres mi favorita. Pero de todos modos, te voy a escuchar. Anda, ya puedes hablar.

—Has cometido un grave error al ejecutar a los de tu guardia; no tienes derecho...

—Tengo pleno derecho; han cometido un acto de indisciplina y abandono de servicio. A la fuerza tendrán que mantenerse fieles a mí, puesto que todos ellos llevan incrustada la célula desintegradora, y los puedo volatizar en cuanto se me antoje. Ya sabían lo que significaba pertenecer a mi guardia personal alada.

—Aunque así sea, has fomentado el odio hacia ti, y ya has tenido una muestra de desobediencia. ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué?

—Temen al EPE, al igual que tú estás temblando porque se infiltran en tus propios dominios.

—Eso es falso, no les temo.

—Entonces..., ¿por qué tienes apostados guardias durante la noche en tu alojamiento?

—Es simple medida de seguridad.

—Antes, estabas tranquilo.

—Han tenido unos golpes de suerte, pero, en cuanto reciba los equipos para mis alados, no voy a descansar hasta destruirlos y coger de nuevo a ese Sel.

Selinea soltó una risita, para decir a continuación:

—Siento señalarte tu otro error... Los equipos no los recibirás porque la astronave que mandaste, al igual que tu campamento, han sido destruidos.

—¿Qué?... ¿Qué estás diciendo, bruja?

—La verdad. Todo ello se ve claramente que es obra del EPE, que está cerrando la argolla alrededor de tucuello.

—¡No, no es verdad!... ¿De dónde te has sacado eso, víbora?

—Moléstate en leer el último comunicado desde tu campamento. Ahí te lo dicen todo...

Selgo se precipitó sobre la mesa, y allí tenía lo que le había dicho Selinea.

Ávidamente, comenzó a leer:

«Campamento a jefe Selgo:

«Presencia nave no identificada. Ataca. Tenemos por astronave transporte. Contestamos con defensas. ¡Vuelve y ataca de nuevo...!»

Selgo se dejó caer en el asiento que había tras la mesa, como si le hubieran asestado un mazazo terrible en la cabeza.

Luego se incorporó bruscamente, y conectó el emisor para llamar:

—¡Campamento! ¡Aquí, Selgo! ¡Contesta...!

Repitió la misma llamada dos o tres veces, sin que obtuviera respuesta.

Selinea, con toda serenidad y esbozando una sonrisa, le manifestó:

—Es inútil que te esfuerces, Selgo. Ya no queda nada allí. Los del EPE te tienen acorralado...

Era evidente que al solo nombre de aquella sigla le invadía el terror, por lo que, exasperado, gritó:

—¡Calla, maldita!... ¡Te voy a mandar...!

—Puedes mandarme adonde quieras, ya nada me importa. Tu tiempo está contado, Selgo. Lo presiento.

—¡Fuera de aquí, traidora!... No te despegues de mí en consideración a lo que has sido.

—¡Oh, qué magnánimo!... ¿O es que temes las represalias del EPE?

Selinea, sabiendo el efecto que le causaba la solamención de la sigla, gozaba en atormentarle, tomándoseel desquite por cuanto hizo con ella.

Selgo estaba lívido y, haciendo un esfuerzo, le contestó:

—Yo no he tenido miedo a nadie.

—Pues tu temblor demuestra todo lo contrario.

—¿Temblor, yo?... Ahora verás, tú misma vas a oírla orden de que ejecuten a los prisioneros sospechososentre la población civil.

Iba a hacerlo, cuando una voz se oyó en el recinto:

—Selgo, abstente de hacer tal cosa. Es el segundoaviso, y no habrá un tercero. Comprobarás que las cosasno te van tan bien, y podemos llegar a ti en cuanto noslo propongamos.

El terror se acentuó en las facciones de Selgo, quienpreguntó:

—¿Qué? ¿Quién está aquí?

La voz le contestó:

—El EPE.

En contraste con la cara de Selgo, la de Selinea, pasadoel primer momento de estupor, se iluminó de contento,al reconocer aquella voz.

Su inconsciencia o premeditación le iba a resultarfatal, al exclamar:

—¡Comandante, me alegra que estés bien!... Selgo esun cobarde, y no hará tal cosa.

El usurpador no salía de su asombro, a consecuenciade las palabras escuchadas en boca de la muchacha.

Al asombro siguió la ira y, apuntando a la joven consu arma, sonó un estampido, al tiempo que exclamaba,arrastrando las sílabas entre dientes:

—¡Traidora!...

La voz preguntó, imperiosa:

—¿Selinea, te ocurre algo?

Con un hilo de voz, respondió:

—No te preocupes por mí, comandante. Me considero dichosa de haberte sido útil, y pido a Sel y a mi pueblo que me perdonen, por el daño que les he causado...

Sonó otra detonación, y los gritos enloquecidos de Selgo, que se iban alejando:

—¡A mí la guardia!... ¡A mí la guardia!...

La voz todavía preguntó:

—¿Selinea...? ¿Selinea...?

Pero no obtuvo respuesta, puesto que la muchacha yacía en el suelo, sin vida, en medio de un charco de sangre.

* * *

El comandante llegó sin novedad al complejo secreto en donde todos le estaban esperando con impaciencia, especialmente la bella Sela, que le recibió con los brazos abiertos.

Bill Steen sólo dijo:

—Todo ha salido según lo previsto. Jefe Sel, del campamento ya no tienes que preocuparte.

—Gracias, comandante.

—¿Alguna novedad?

—Por ahora, nada.

Terminaba de decir estas palabras el teniente Eugene Evans, cuando comenzaron a oír la voz de Selinea y Selgo.

Al final, el propio jefe Sel y la joven Sela estaban visiblemente afectados por aquel desenlace que costó la vida de una muchacha.

Tras unos segundos de silencio, Bill tomó la palabra:

—Se me ocurre una idea. Por la conversación que hemos escuchado, se desprende que existe cierto descontento entre los partidarios de Selgo.

—Eso parece —confirmó el jefe Sel.

—Por lo tanto, tenemos un campo abonado para suscitarla rebelión.

El jefe Sel acogió la idea con entusiasmo, y así lo manifestó:

—¡Magnífico, comandante! De este modo, se evitará mucho derramamiento de sangre entre mi pueblo.

—Esta ha sido la idea que me ha guiado, tras escucharlas palabras de esa desgraciada muchacha.

—Y claro, ellos mismos nos facilitarán las cosas.

A las palabras del teniente Kevin, le replicó el otro teniente, Eugene:

—Desde luego, me maravillo de tu poder de captación. Un asno, a tu lado, queda anulado en inteligencia.

Kevin, muy airado, se dirigió a Bill:

—Comandante, con mi mayor respeto, solicito que arreste al teniente Eugene Evans por pretender compararme con uno de sus allegados.

Bill miró a los dos, manifestando:

—De acuerdo, tendré presente tu solicitud, y, cuando lleguemos a la Tierra... mandaré construir una hermosa cuadrada para los dos, puesto que, por lo que se desprende, tenéis cierta afinidad de... familia.

Ambos se quedaron cortados por la salida del comandante, y sólo el teniente Randal Orr soltó una risita por lo bajo, manifestando:

—Lo siento, muchachos; si queréis seguir tripulando naves espaciales, os tendréis que sacar el título de astronautas.

En la actualidad, no sois más que unos advenedizos...

Si las miradas mataran, en aquel momento el teniente Randal hubiera dejado de existir.

Iban a protestar por la intervención de Randal, cuando el comandante tomó de nuevo la palabra para exponerlos planes que llevaba en la mente.

CAPITULO XIII

Nuevamente se hallaban en el pasadizo secreto, caminohacia la ciudad, y acompañados por Sela, pues nohubo manera de hacerla desistir.

Amparados por la oscuridad, se dirigieron al domiciliode aquellos hermanos que libraron en un principiode los abusos de la guardia de Selgo.

Fue el propio comandante quien se adelantó, llamandoa la puerta.

El joven abrió y, al ver un uniformado de los seguidoresde Selgo, se envaró y fue a lanzarse contra el comandante.

Este, adivinando sus intenciones, le cortó:

—Un momento, muchacho. Soy uno del EPE, que oslibró a ti y a tu hermana...

El muchacho exclamó:

—¡Oh, señor, qué alegría!... No le había reconocido...Hemos intentado muchas veces ponernos en contactocon ustedes... Pase, pase...

Y el joven, alborozado, llamó a su hermana y a suspadres:

—Venid, venid; veréis quién está aquí.

La muchacha le reconoció en seguida y, en un impulsoespontáneo, se abrazó a él y le besó, diciendo asus padres:

—Es uno de nuestros salvadores.

Los aludidos, emocionados, manifestaron:

—Muy honrados, señor, de poder expresarle nuestroagradecimiento.

El comandante contestó sencillamente:

—No hicimos más que cumplir con nuestro deber. Perdonen,pero urge una cuestión. ¿Podemos efectuar unareunión aquí en su domicilio, sin que les acarree algún peligro?

El padre de los muchachos, rebosante de satisfacción, le contestó:

—A esto, quien mejor le puede responder son mishijos.

El muchacho tomó la palabra:

—Claro que sí, señor. Es más, todo el pueblo está conustedes, y no se atreven a ir por la ciudad patrullas devigilancia, porque los desnudamos y los marcamos comohicieron ustedes.

—¡Magnífico, muchacho!... Voy a avisar a mis compañeros.

Por un diminuto transmisor, comunicó a Sela y a lostenientes que podían reunirse con él, sin peligro alguno.

Ante la presencia del resto del grupo, se repitieronlas muestras de agradecimiento.

Una vez sentados y obsequiados, el padre de aquellosmuchachos tomó la palabra:

—Señor, a nuestros oídos han llegado todos los hechosque han realizado y, desde el primer momento, tantomi hijo como mi hija han ido organizando, primeroentre sus amigos y luego extendiéndose entre los amigosde los demás, un movimiento de resistencia activacontra los esbirros del usurpador.

Bill no pudo ocultar su alegría:

—Me congratula oírle decir esto. Nos adelanta mucho terreno, puesto que era esto precisamente lo que veníamosa proponerles.

El muchacho, brillándole los ojos de alegría, dijo:

—Aún hay más, señor. Entre las huestes del usurpadorla mayoría está con nosotros, incluyendo a los dela guardia personal alada de Selgo.

La muchacha no quiso ser menos:

—Todas las chicas establecemos turnos para atraera los que todavía no están con nosotros. Los llevamosa un lugar solitario donde nos esperan los muchachos;les dan una paliza, los desnudan y los marcan. Esto eslo que más les llena de terror, porque, si se entera Selgo,los ejecuta de inmediato.

Sela también se había contagiado del entusiasmo detoda aquella familia, pero Bill, más prudente, preguntó:

—¿Están seguros de que, dado el caso, los que militan en el bando de Selgo, especialmente los de su guardiapersonal, responderán favorablemente?

El padre respondió:

—Completamente seguros. Si lo deseáis, podéis entrevistaros ahora mismo con un oficial de la guardia alada.

—Sería interesante.

El padre le dijo a su hijo:

—Servo, dile al oficial Savo que venga.

—En seguida, padre.

El muchacho llamado Servo desapareció para volver al poco rato con un uniformado oficial de la guardiapersonal de Selgo.

Saludó militarmente, y manifestó al comandante y a los demás:

—Señores, muy honrado en saludarles y conocerles directamente. Cuentan con nuestra admiración, por su valentía y audacia.

Y fue estrechando sus manos.

Mientras, el comandante le observaba. Parecía sincero. No obstante, le preguntó:

—¿Sabe a lo que se expone, si le descubren?

—Tengo plena conciencia de ello, pero como a la mayoría de los que conspiramos contra el usurpador no nos importa, puesto que desde hace ya mucho tiempo estamos condenados a muerte. Por lo menos, ahora nos presenta la posibilidad de terminar con sus desmanes.

—¿Qué quiere decir con eso de que están condenados a muerte?

—Verá, señor... Al formar parte de su guardia alada, y bajo el pretexto de inyectarnos una vacuna, lo que hicieron fue narcotizarnos e implantarnos en el organismo una célula capaz de desintegrarnos. La desintegración puede producirse por dos medios: por muerte del individuo o por antojo del propio Selgo, mandando un impulso de alta frecuencia, por mediación de un control que siempre tiene al alcance de su mano.

—Y sabiendo esto, ¿por qué formaron en su guardia?

—Eso lo descubrimos después, y cuando se protestó de ello, varios fueron los ejecutados por este sistema, y con todo cinismo expuso que él se aseguraba así el poder. De ahí que no teníamos más remedio que obedecerle. Demasiado tarde comprendimos que se trataba de una mente malévola, y sin poder hacer nada, hemos tenido que presenciar todos sus desmanes.

—¿Cuántos hay en contra de Selgo?

—Prácticamente, toda la guardia, salvo unos pocos, que comparten los sentimientos de ese loco.

—¿Con cuántos equipos de alados cuentan?

—Muy pocos, puesto que ustedes los destruyeron, y los demás no llegaron. Ahora, a toda prisa, está montando maquinaria para su construcción.

—¿Cómo podían mantenerse en el espacio?

—El motor pectoral emitía un plano compacto e invisible, a modo de alas. El mando se lleva en la mano izquierda. Ahora, hay que tener cuidado en que no roce el plano con objetos duros o sea atravesado por un proyectil, puesto que el plano de sustentación queda anulado, y, por tanto, se precipita uno en el vacío.

—¡Ya!... Algo de eso imaginaba.

Y entonces el comandante recordó el ataque de los enjambres humanos en el complejo secreto.

—Bien...

El comandante les fue dando instrucciones, y todo quedó concertado para la mañana siguiente.

—Y ahora, nos vamos, que todavía nos quedan por ultimar unos detalles.

El muchacho preguntó:

—Señor, ¿puedo ir con ustedes?

—No, Servo. Tu trabajo será más efectivo avisando a tus amigos, a nuestros amigos.

—Como mande, señor.

El objetivo inmediato del comandante y sus tenientes, luego de dejar a Sela en el pasadizo secreto, fue liberar a los prisioneros civiles sobre los que pesaba la amenaza de ejecución de Selgo.

Al llegar a las inmediaciones del edificio convertido en cárcel, pudieron darse cuenta de que estaba bien custodiado.

Había un centinela en cada esquina, y dos en la puerta principal.

Se dividieron en dos grupos. El comandante Bill Steen, con el teniente Kevin, atacarían y suplantarían a los centinelas de la parte derecha del edificio, y los otros dos tenientes harían lo mismo con los de la izquierda.

Deseándose suerte, se separaron.

Dos sombras, por cada parte del edificio, se iban acercando al centinela de la esquina más lejana.

Cuando el comandante lo consideró oportuno, le dio un codazo a Kevin, y ambos saltaron, como dos felinos, sobre el confiado centinela.

Bill le tapó la boca y Kevin se apoderó de su arma, para luego maniatarlo y amordazarlo.

Después Kevin, con toda tranquilidad, se puso sus pertrechos y, en voz baja, para disimular la voz, llamó al otro centinela:

—¡Oye!... Ven hacia aquí, que he oído algo raro.

El otro se apresuró a acudir, y cuando le tuvo al alcance, el teniente le aplicó un golpe, que le hizo caer sin sentido.

El comandante se pertrechó con lo que llevaba el centinela, al que dejaron bien seguro, cerca de donde estaba el otro.

En la otra parte del edificio ocurría otro tanto, pero no tuvieron el mismo acierto que el comandante y Kevin.

Al saltar los dos tenientes sobre el centinela, no le pudieron tapar la boca o acallarlo de un golpe, y éste soltó un grito.

El compañero que montaba la guardia, le preguntó:

—¿Sucedó algo?

Randal tuvo la serenidad de contestarle:

—No, no... Es que he tropezado.

—¡Ah, bueno!...

Se le notó un suspiro de alivio.

Al poco, el mismo Randal le dijo:

—Oye, ven un momento. Es que me he hecho daño.

El otro se aproximó, preguntándole:

—¿Qué te pa...?

No tuvo tiempo de terminar, puesto que perdió la noción a consecuencia de un golpe.

Ya habían conseguido eliminar a cuatro. Faltaban los de la puerta principal, y los demás, que estarían en el cuerpo de guardia.

Con sigilo, el comandante por una parte y el teniente Eugene por otra, fueron aproximándose a los que estaban apostados en la puerta principal.

A éstos no les llamó la atención, puesto que era normal que aquellos rostros no pertenecían a los de sus compañeros, era demasiado tarde.

Tanto el comandante como el teniente tenían encañonados en la nuca a sus respectivos prisioneros, conminándoles:

—A un solo grito, os salta la tapa de los sesos.

Acto seguido se aproximaron Randal y Kevin, quienes se hicieron cargo de los sorprendidos centinelas, dejándolos a buen recaudo.

Ya de vuelta, los cuatro penetraron hacia el interior del edificio, y en el cuerpo de guardia pillaron a los demás dormitando.

El comandante les conminó:

—¡Quietos donde estáis! ¡De vosotros depende el que nadie sufra daño alguno!

Los guardianes les miraban con cara de susto.

Bill indicó:

—Kevin, recoge sus armas y enciérralos aquí mismo.

Pero una voz sonó a las espaldas del comandante y los tenientes:

—¡Vaya!... Eso será con mi permiso. Seguro que sois el famoso EPE...

El comandante se volvió rápidamente, a tiempo que se tiraba al suelo, y disparó contra aquel que había hablado.

Se trataba del oficial de guardia, que recibió en pleno rostro el impacto, sin que le diera tiempo de usar el arma que empuñaba.

Entre el resto de la guardia hubo un conato de reacción, pero la voz del comandante les paralizó de nuevo:

—¡Quietos!... Ya comprobaréis que no nos andamos con bromas.

El resto de la operación se deslizó sin incidentes.

Los detenidos fueron liberados y, sin excepción, todos patentizaron su agradecimiento y colaboraron en encerrar a los que anteriormente eran sus guardianes.

* * *

La liberación de los detenidos les entretuvo más de la cuenta.

De nuevo se encontraban en el pasado secreto, y Bill ordenó:

—Sela, tú te vas con los tenientes, y regresas con el jefe Sel. Vosotros ocupad vuestra respectiva astronave, y permaneced de vigilancia encima del astródromo. Inmovilizada cualquiera que pretenda salir de sus confines.

La muchacha le miró, angustiada, y preguntó:

—¿Qué vas a hacer tú, Bill?

—Voy a intentar salvar a esos infelices de la guardia alada del renegado.

Sela había aprendido a tener confianza en el comandante, por lo que no replicó a su decisión y partió con los tenientes.

Bill se introdujo en el pasillo de la ciudadela y residenciado Selgo.

Se fue directamente adonde tenía enclavado el despacho y pronto halló lo que buscaba.

A un lado de su mesa tenía un computador electrónico, el emisor de impulsos mediante el cual podía fulminar a la guardia alada.

Trabajó febrilmente. Desmontó la tapa y manipuló con cuidado, invirtiendo algunos circuitos.

Cuando terminó el trabajo ya estaba amaneciendo, y se disponía a abandonar el recinto cuando fue sorprendido por la presencia de Selgo, que estaba lívido.

Al verle se quedó paralizado, y preguntó:

—¿Quién eres tú, que vistes el uniforme de mi guardia alada, y qué haces aquí?

Bill le contestó con toda tranquilidad:

—Soy el comandante del EPE.

—¿Qué?

—Lo que has oído, Selgo. Tu dominio ha llegado al final.

Una risotada desagradable se escapó de la garganta de aquel repugnante ser.

—Te creía más listo, maldito comandante del EPE. Has cometido un lamentable error al ponerte al alcance de mi mano, y no voy a desperdiciar la ocasión de hacerte pedazos.

Y dirigiéndose hacia una plataforma que daba al patio, gritó:

—¡A mí, la guardia alada!...

Con estupor, les vio allí formados, al mando del oficial Savo.

Selgo no salía de su asombro, mirando alternativamente a la guardia inmóvil y al comandante.

Fuera de sí, vociferó:

—¿No me habéis oído? ¡Detened a ese maldito del EPE!

Bill le manifestó:

—Como podrás comprobar, ya nadie te obedece, Selgo. Estás acabado.

—¡Malditos, malditos!... —repetía, sin cesar.

Y sin que lo pudiera evitar el comandante, se precipitó sobre el computador electrónico y, con aire de triunfo, chilló:

—¡Ahora sabrán quién soy yo!

—No acciones la palanca, Selgo. Va en ello tu vida.

—¿Sí, eh? ¡Ahora lo verás!

Accionó la palanca, y de su cuerpo comenzaron a salir chispas para quedar completamente carbonizado.

El oficial Savo apareció en aquellos momentos en el recinto y, al comprobar que nada le había pasado a él y a sus hombres, le expresó, emocionado:

—Gracias, comandante.

—Ahora podréis someteros a una operación para que os extirpen esa mortal célula.

—Así lo haremos, señor.

* * *

En la sublevación había tomado parte todo el pueblo. Los del astródromo se rindieron incondicionalmente, ante la amenaza de las astronaves de los tenientes, y las noticias que les habían llegado.

El jefe Sel volvía a ser el gobernante querido de su pueblo, y todos rivalizaban por conocer personalmente aquellos componentes del EPE que, por sí solos, terminaron con los desmanes de los enjambres humanos y su jefe Selgo.

Sela se sentía orgullosa de ser la dueña del corazón de quien supo devolver la tranquilidad a su pueblo, y al que consideraban como un héroe en el planeta Selnagro.

A los componentes del Escuadrón de la Patrulla del Espacio, les colmaron de honores y agasajos y, como presentes, el jefe Sel les regaló las astronaves, junto con un mensaje de buena voluntad hacia el planeta Tierra.

Pero, para el comandante, aparte de la satisfacción del deber

cumplido, su más preciado tesoro era aquellarubia bellísima que llevaba consigo.

F I N

SORTEO DEL MILLON
PISO Y COCHE O UN MILLON

SOLO PARA ESPAÑA ¡UN MAGNIFICO PI-
SO Y UN MODERNO
COCHE PUEDEN SER SUYOS!
O SI LO PREFIERE

¡¡ UN MILLON DE PESETAS!!

Basta con que resida en España y nos envíe el
cupón que, junto con las instrucciones y bases
para tomar parte en este sensacional sorteo,
hallará en las últimas páginas de todas las
novelas que Editorial Bru-
guera, S. A. publica en sus
populares colecciones fe-
meninas y de aventuras.

**BUSQUE EN LA CUBIERTA
ESTE DISTINTIVO:**

Adquiera su novela, disfrute
de unas horas de grata lec-
tura, envíe el cupón ... y

¡¡BUENA SUERTE, AMIGO!!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

Impreso en España

BOLSILLOS
BRUGUERA
**SORTEO DEL
MILLON**

B